IRANTZU VARELA

DARLE FUEGO A BILBAO



IRANTZU VARELA

DARLE FUEGO A BILBAO



Irantzu Varela, *Darle fuego a Bilbao*
Editorial Continta Me Tienes

Primera edición: marzo de 2026

Edición a cargo de Sandra Cendal y Marina Beloki
152 pp.
ISBN: 978-84-19323-79-8
IBIC: FA_Ficción moderna y contemporánea

Colección La pasión de Mary Read, nº 67



Continta Me Tienes
C/ Belmonte de Tajo 55, 3º C
28019, Madrid
91 469 35 12 ~
info@contintametienes.com
www.contintametienes.com
𝕏 @Continta_mt
f @ContintaMeTienes
@Contintametienes

© Irantzu Varela, 2026
© de esta edición: Continta Me Tienes
© Dibujo de portada: Yulia Van Der Bom
Corrección: Matilde Pérez
Maquetación de interiores y cubierta: Marta Vega

Índice

Marijaia

Capítulo I: Viernes, 17 de agosto de 2018

Capítulo II: Sábado, 18 de agosto de 2018

Capítulo III: Domingo, 19 de agosto de 2018

Capítulo IV: Lunes, 20 de agosto de 2018

Capítulo V: Martes, 21 de agosto

Capítulo VI: Miércoles, 22 de agosto de 2018

Capítulo VII: Jueves, 23 de agosto de 2018

Capítulo VIII: Viernes, 24 de agosto

Capítulo IX: Sábado, 25 de agosto de 2018

Capítulo X: Domingo, 26 de agosto

A Ibon, por que me leas pronto y nos riamos de los sustos.

Niña, dame la mano.
Ha llegado el momento de quemar Bilbao,
prender fuego al silencio,
decir que no, y empezamos de nuevo.
¡Darle fuego a Bilbao!

DOCTOR DESEO, Darle fuego a Bilbao (1992)

Marijaia

Arde.

La giganta rubia que ha guiado nuestro vicio nueve días y una noche eterna arde. Y las llamas parecen follar con ella, enroscándose en su falda y en su blusa, frotándole las tetas, pellizcándole el culo, en vez de destruirla. Y ella mantiene su sonrisa de loca irresponsable y borracha y nos deja un rato más de locura, de irresponsabilidad, de borrachera. Hasta que eso también arde.

La ría está en llamas por el reflejo de la hoguera y por los trozos de esa muñeca, diosa nuestra, que caen al agua y le ganan la batalla, ardiendo unos segundos más. Los materiales inflamables o las ganas de permanecer, depende de quién mire.

Francis lame este momento con su voz única y cochina, pero no cantando «Niña, dame la mano. Ha llegado el momento de quemar Bilbao», que sería oportuno pero obvio, sino «vamos a engañarnos, y dime, mi cielo, que esto va a durar siempre». Puf, qué sólidas son las letras de las canciones cuando estás viviendo fuerte.

Hay un silencio que parece imposible con la multitud apelotonada a las dos orillas de la ría y en el puente del ayuntamiento, pero es que cómo no callarse mirando a la vikinga farrera consumirse, llorando por dentro de pena y resaca.

Ellas, de la mano, se miran el reflejo del fuego en las pupilas y se preguntan qué coño van a hacer ahora que la rubia de cartón se ha ido y la vida ya no es solo seguirla bailando. Se quedan mucho rato más del que tardan en apagarse las vísceras falsas de la diosa verdadera. Se quedan allí, quietas, buscando en el agua una pista, aunque sea falsa, de que va a durar siempre, mientras la gente las empuja sin querer, de vuelta a unas casas en las que está casi todo decidido.

¿Y ahora qué?

Capítulo I: Viernes, 17 de agosto de 2018

Son las 12 menos cinco de la noche y ya somos bastantes en la plaza del Arriaga, que no es una plaza. Es un espacio llano y sin árboles ni bancos delante del Teatro Arriaga, ese edificio del siglo XIX que nos impresionaría si lo viéramos en otra ciudad, pero al que ya nos hemos acostumbrado, porque a veces vamos al teatro a la obra de una amiga o a hacernos las cultas, o a la gala de Zinegoak a ver a todas las bolleras de Bilbao juntas, o a disfrutar. Pero, sobre todo, porque es el espacio perfecto para las movilizaciones pequeñas que no quieren parecerlo. Llenar la explanada es relativamente fácil, si lo haces en círculo, y las escaleras en forma de gradas pueden ser un anfiteatro perfecto para observar los triunfos, si la cosa se desborda. Me encantaría saber quién decide cuándo se convoca concentración y cuándo mani, dependiendo de cuánta gente se espera. No es una tontería. Para quienes estamos casi todas las semanas en la calle protestando por o contra algo, y se nos ha gastado el optimismo juvenil de tanto usarlo, parecer muchas, parecer suficientes, es la única esperanza. Eso en Bilbao lo sabe todo el mundo: si lo vas a petar, desde el Sagrado Corazón por la Gran Vía hasta el ayuntamiento. Y si va a haber tanta gente que *El Correo* va a mentir sobre cuánta gente había, desde La Casilla por Zabalburu, porque estés donde estés en ese trayecto, por el pequeño valle que hace la calle Autonomía, ves cuánta gente hay por delante y por detrás de una sola mirada. Y a veces ni ves

el final, y a veces, ni el principio. Esa es nuestra épica, contarnos. Nosotras, que no vamos a ganar nunca.

El cielo está azul y negro a la vez, como en esas noches de Bilbao que vienen después de los días de sol, en los que a todas se nos olvidan la lluvia y las ganas de mudarnos a un sitio donde juntar azul y cielo no sea casi siempre un oxímoron. Somos bastantes. Bastantes no es muchas. Nunca me parece que seamos suficientes. Así que he aprendido a conformarme también con ser bastantes. Aunque no sepa para qué.

Hay nervios y emoción. Hay algo que se parece a la euforia. Con qué poco nos ponemos eufóricas. ¿Qué hará la gente que no protesta para sentirse trascendente, parte de algo? La religión, igual, ¿no? O ser *heavy*. O el Athletic. Cuanta menos esperanza tengo en que consigamos algo, más me importa manifestarme. Es como aquella señora vieja y frágil que vio una amiga en Palestina –al lado del muro horrible que construyó el horrible Israel–, con una pancarta que decía *"«I think I didn't protest enough»*. ¿Pensaba la mujer que iba a parar el *apartheid* y el genocidio? No. Pero supongo que necesitaba contarse que hizo lo que pudo. «Que la reseca muerte no me encuentre vacía y sola sin haber hecho lo suficiente». Cómo son a veces las canciones. Si Mercedes Sosa supiera que esa canción fue mi primer marco teórico. Espero que sea también el último, ahí, en el lecho de muerte, dentro de algunas décadas, con sábanas blancas y mis amigas disfuncionales rodeándome, como si me muriera en un cuadro flamenco del siglo XVII, con un hilo de voz de vieja: «Creo que he hecho lo suficiente». Y expiró.

Casi todas vamos de negro. Como un día cualquiera, pero a conciencia. Algunas llevan ya la capucha puesta –como un día cualquiera– y otras sujetan pasamontañas, gorros, cascos de Atenea de la tienda de disfraces de la calle Bidebarrieta –que tienen cualquier complemento que puedas imaginar y nunca hacen preguntas–, pañuelos de *animal print*, palestinos (todavía no los llamamos *kufiyas*), antifaces, máscaras –ninguna de *V de Vendetta*, fíjate. Esa revolución apesta a macho– y «bragas» de las de ponerse al cuello para ir al monte, que casi todas usamos más para encapucharnos que para ir al monte. Lo bueno de ser vasca, o tratar de parecerlo o vivir aquí, es que siempre le vas a dar uso a la ropa de monte, aunque no vayas al monte. Por el clima o por el clima político.

Unas empujan un carro de la compra con antorchas todavía apagadas. Otras llevan tambores. Algunas llevan pancartas hechas en casa. No me acostumbro a lo de que las pancartas se las haga cada una en su casa. Supongo que soy de la vieja guardia (supongo que a medida que te haces vieja te haces más de la guardia) y me acuerdo de los debates infinitos para consensuar un tema, un lema, una pancarta, un manifiesto. Y ahora las chavalas se hacen las pancartas en casa, pintando con rotuladores de purpurina en trozos de cartón cortados con *cutter* de una caja de fruta, y las sujetan con las manos. Cuántas veces he sujetado yo pancartas que se sacaban de un carro de la compra, todas iguales y bien cortadas, con las mismas letras, con su palo comprado en la misma carpintería, hechas por las mismas personas. «Chinos» las llamábamos. Nunca le di vueltas porque, aunque ahora parezca una cosa de señora nostálgica, hace no tanto todo el mundo sabía quién había sido «chino» y quién era «trosko» en los 70. Porque hace no tanto nos parecía parte de nuestro hábitat natural saber no ya si la gente era de izquierdas o de derechas, sino si habían elegido la revolución centrada en el proletariado rural y el

empezar todo de cero: la perspectiva maoísta (aunque sean 1.500 millones de personas, cualquier cosa que venga de una sola de ellas será denominada «china») o la revolución permanente de Trotski (señor que lo más interesante que hizo fue ser amante de Frida, en mi opinión) centrada en el obrero urbano. Yo ya no me asusto de ninguna división interna, porque he crecido en los 70 y me curtí en los 80, y me llegaron tarde los «tigres, leones, todos quieren ser los campeones» de Torrebruno. Pero me comí sentadas interminables en las que ser chino o ser trosko parecía el dilema más importante no de nuestro irrelevante contexto, sino para la humanidad. Qué osada es la juventud, ¿eh? Nos creíamos que éramos las primeras que habíamos entendido a Marx y que esas interpretaciones hechas en la veintena, entre vinos y Ducados, llenas de pedantería y ortodoxia y vacías de casi todo lo demás, iban a cambiar la forma de cambiar el mundo. Nosotros, sí. Esta vez, sí. Así, sí. Esta revolución, sí. La nuestra. La Historia hablará de esta sobremesa de humo y patxarán en la que tomamos decisiones que mañana no recordaremos y creamos lemas que solo gritaremos hoy.

Spoiler: no pasó. No como imaginamos.

Parece que empezamos.

Nos encapuchamos.

Nos colocamos en columna, las del cordón de seguridad por delante y a los lados, protegiéndonos o amenazando, depende de quién mire. Las de las antorchas, dándonos forma. Las de los tambores, delante. No hay nada como un poco de épica para despertar la disciplina. Salimos.

Los tambores imponen, ¿eh? Y las antorchas nos hacen parecer un *reel* de Artemisia Gentileschi –si hubiera vivido ahora, y no en el siglo

XVII, y tuviera Instagram–, con el fuego cortando este cielo que ya solo va del negro al gris y vuelta. Nunca he visto a la gente mirarnos así. Les damos miedo. Me gusta. *Prom, prom, prom*. Avanzamos y al principio hay silencio. *Prom, prom, prom*. Andamos despacio y tensas por las calles cortadas por la Policía, que hoy está de nuestro lado (¡ja!). *Prom, prom, prom* vamos casi en silencio y nos miramos como te miras cuando solo se os ven los ojos. Qué guapas somos todas cuando solo se nos ven los ojos.

Entramos al Casco Viejo. En la esquina de un cantón hay una rubia alta, vestida de negro pero sin capucha, que nos mira ansiosa por unirse. Como llevo un casco de Atenea de la tienda de disfraces de la calle Bidebarrieta y estoy arribísima por la fuerza que da estar en el lado que da miedo, le hago un gesto para que se una. Se pone roja. No se une. Más tarde la veo al final del todo, como si pudiera pasar desapercibida entre las vascas de estatura media con esa pinta de vikinga.

Cuando acabamos, nos vamos a El Triángulo a tomar los potes que suceden a todas las manis. En El Triángulo, las cuadrillas de mujeres vestidas más de negro que de costumbre, más eufóricas de lo habitual, más cohesionadas de lo normal, se abrazan y se lanzan brindis y piden rondas y ligan un poco, que si no puedo follar hasta enamorarme, no es mi revolución. Nadie entra en el bar triangular de El Triángulo, el de la rana, porque el que lo lleva agredió a una compañera con una mezcla de *txupitos* de mandrágora y violencia patriarcal. Repartimos panfletos en su puerta pidiendo el boicot, le hicimos muchas *ekintzas*, le pusimos pegatas, le hicimos concentras y algunos conatos de sabotaje borrachas, pero no sirvió de nada. Él llama a la Policía y

gana. Su caso se archiva y gana. Nosotras nos cansamos de perder y gana.

Llevamos unos cuantos potes ya, y yo estoy medio eufórica, medio pedo. Y mira que siempre me prometo no empezar a beber hoy, que vienen nueve días sin noche, pero ya es tarde. Estamos en la puerta del Zazpi y suena Rihanna: «*Shine bright like a diamond* –me encanta esa canción. Ya me gustaba de antes, pero cuando vi a las chicas de *Bande de filles*, de Céline Sciamma, bailándola y riéndose en ese universo azul de una habitación de hotel en el que no parecían pobres, siempre me recuerda a la felicidad–, *shine bright like a diamond*»; y veo a una rubia alta acercarse a mí. Acercarse literalmente. Yo sigo bailando, pero estoy fingiendo. ¿Viene hacia mí? Mi amiga me mira sorprendida preguntándose lo mismo y yo le digo con la mirada: «Tú baila y disimula».

Es la rubia que quería unirse a la mani. Ahora no está ansiosa. Y yo sí.

Y así nos conocimos.

«So shine bright, tonight, you and I, we're beautiful like diamonds in the sky». La canción remonta en el minuto 2:55 y ellas bailan mirándose con miradas cortas y risas nerviosas, cerca como si se conocieran de algo que explicara ese baile. La canción termina y en ese momento se juega demasiado, y antes de que le hable en inglés, ella se adelanta y le dice en su perfecto castellano de Andalucía:

–Me llamo Sigyn.

Durante un segundo, ella se sorprende de cómo habla y de que no esperaba que la cosa siguiera después de Rihanna.

–Yo, Maddi.

Antes de reconocer la próxima canción, por si no da para bailar, se acercan a la barra para no acercarse a las amigas de Maddi, porque eso sería probablemente un adiós.

–¿Quieres algo?

–¿Tú que estás tomando?

–*Kalimotxo*. ¿Sabes qué es?

Ella la mira con cara descondescendiente para responder a la condescendencia local. Está acostumbrada a que la traten como una guiri.

–Prefiero una birra.

Ella pide e intercambia una sonrisa cómplice con la chica de la barra. No brindan, pero casi, y le dan a la vez el primer trago a sus vasos. Largo y sin mirarse, aunque con ganas de hacerlo.

–¿Vives en Bilbao?

Las dos saben que sabe que no, pero es una pregunta perfecta para empezar a construir la historia con la esperanza de que sea común, y que las dos sepan qué seguir preguntando.

Y ella le cuenta que es de Berlín y que ha llegado hoy a Bilbao, donde ha venido a hacer una tesis sobre las mujeres en el punk, y que habla tan bien castellano porque pasaba los veranos con su padre en una comuna en La Alpujarra y ha estudiado Antropología en Granada, y que es la primera vez que está en Bilbao, pero que siente como si la conociera, de tanto que ha leído y de los vídeos que ha visto, y que le fascinan Las Vulpess y Eskorbuto.

Y ella le cuenta que es de Santurtzi, del barrio San Juan, de donde eran Eskorbuto, que vive en el Casco desde hace años, que qué guay lo de su tesis y que si sabía que venía a Bilbao en la mejor semana del año.

Lo sabía un poco. «Buah, pues vas a flipar».

Hablan y beben y en algunos tragos se miran y entonces los alargan para no ponerse nerviosas. Cuando llevan medio vaso, una de las amigas considera que ha pasado el tiempo protocolario para el acercamiento. Van a ver si consiguen picar algo. Que si se apuntan. Pero ellas no tienen hambre y la amiga pilla la mirada de Maddi y se va sin insistencias ni risitas y las deja brillando debajo de la lámpara industrial, que vuelca sobre ellas una luz amarilla y cálida que, si fuera un cómic, haría de esta escena un dibujo de dos figuras iluminadas por una farola en medio de una noche oscura, aunque sean dos mujeres que no se conocen en la barra de un bar. Qué lugares los bares –bien iluminados–.

Hablan y sacan cañas y *kalimotxos* y unos *txupitos* que ponen en el Zazpi, que se llaman Golpe de Estado y cuya botella tiene a Tejero y a Naranjito en la etiqueta. Pero ella no sabe de qué le está hablando, aunque se lo bebe y se ríe con ella.

Las amigas vuelven y ella se las presenta y les hace un resumen de la información fundamental: sí es la primera vez que está en Bilbao, sí es castellano de la Alpujarra, sí se queda un tiempo, al menos un curso, sí ha llegado hoy, sí sabía que venía a fiestas de Bilbao.

Y cierran el bar y algunas se retiran, pero ellas y otras se van al High, un bar de *marikas* estrecho y largo al otro lado de la ría, con una puerta de madera con una ventanita a modo de mirilla y azulejos de algún camión volcado en los 80. Y la música no se oye bien y así pueden hablar y bailar a la vez, tirándose a los pies la mitad de los gin-tonics y metiéndose popper que alguien les ofrece. Y riéndose, aunque no se oigan, y viendo a los *marikas* subir al reservado y bajar al mundo de nuevo, y mirándose de reojo en el espejo de la barra, a ver si están guapas. Qué lugares los bares –con espejo–.

Cuando salen, queda poco para que amanezca y se nota en el cielo. Ella le intenta explicar dónde tiene aparcada la furgo y no se entienden, porque lo que ella le ha dicho no se parece en nada a «Olabeaga», que es donde tiene aparcada la furgo. Por fin, le explica por dónde ir y que le queda un buen rato, pero ella insiste en que prefiere no coger taxis. La acompaña por Bailén y en la Plaza de las Mujeres, que todo el mundo sigue llamando La Naja, se despiden, porque van en direcciones distintas. Se miran un segundo, borrachas, y dudan. Se dan un abrazo largo y se separan sin mirarse y ninguna de las dos sabe qué significa eso.

¡Hasta mañana!

Y las dos saben qué quieren que signifique eso.

Capítulo II: Sábado, 18 de agosto de 2018

Qué resaca.

Me despierto en la furgo del calor y la sed. Miro el móvil. Nada. Claro que no ha escrito. Estará durmiendo. O viviendo en su casa, con su vida y su gente y su red y sus raíces, y sus planes. Me doy cuenta justo ahora de que no le he preguntado si tiene novia. Claro que no se lo he preguntado.

Salgo a la calle y miro este paisaje extraño que está empezando a gustarme. Anoche no vi el mural enorme de letras negras en el lateral del edificio al lado del *parking*: «SOÑAR». Es curioso que haya sitio para los sueños en este entorno de casas pequeñas, pabellones industriales, muelles en ruinas, carreteras que no parecen ir al mismo sitio que cuando las construyeron y bares horteras que no pegan con nada. Todavía no entiendo la mezcla, pero supongo que eso me fascina de esta ciudad que conozco tanto sin haberla pisado antes.

Voy al baño público, meo y me lavo la cara, los dientes y los sobacos. Me sorprende porque es de acero inoxidable y hormigón y está limpísimo. Tiro a la izquierda por la orilla de la ría, buscando un sitio para tomar un café y comer algo. Paso al lado de un restaurante de pescado, pero no lo veo nada. Demasiado pronto para el olor a animal muerto. Un poco más adelante, lo encuentro. Se llama La Karola y me hacen un café enorme en vaso y tienen animal muerto, pero también

una tortilla buenísima y un banco de piedra para mirar la ría. Pensé que era una cosa de las feministas, pero todo el mundo la llama así, nadie el río. Me han explicado ya varias veces (y llevo aquí menos de 24 horas) que es porque estamos cerca de la desembocadura al mar, pero supongo que eso pasa en todos los ríos, en algún momento. No parece algo que se pueda –ni tengo ganas de– discutir.

Joder, qué bueno está el café.

Miro esa ría sucia y bonita en este paisaje apocalíptico y bonito. Casi cualquier rincón de esta ciudad podría ser el escenario de una distopía. Para bien o para mal. Me fijo en que la barandilla que impide que te caigas a la ría es siempre igual. Lisa, como una tubería de dos filas, con los nudos en forma de bola y los remates en forma de gancho. Es como si hubiera un pacto tácito en el que esta gente finge estar a gusto en el siglo XXI, pero sin dejar que la pátina de titanio, turistas, acero corten y *gin-tonics* en copa balón les quite la esencia de barrio obrero venido a más.

Me hago un piti y sigo mirando a la ría, fascinada con las casas que sobreviven entre las ruinas de algo que no se sabe si está recién destruido o en construcción.

Miro el teléfono. Nada.

Puto WhatsApp.

Alargo la contemplación y finjo que no estoy esperando.

Según Google Maps estoy a 38 minutos andando del Casco Viejo, así que paso por la furgo a por una sudadera y un paracetamol, me lo tomo con un trago en la fuente del *parking* y empiezo a andar.

Curioso paseo. Barcos varados que alguien dejó ahí y ahora son un museo, un palacio de congresos de cristal, hormigón y acero, jardines

preciosos que nadie pisa, gente con perros, gente corriendo, turistas y gente. Siempre, la ría al lado. Enseguida se ve el museo que se supone que cambió esta ciudad. Una cresta de titanio y una araña. Parece el mismo Bilbao de los 80, pero en *drag*. Me flipa la araña. Se puede pasar por debajo y verle los huevos que hacen que se llame *Mamá*. Aunque hay que tener un trauma a la altura de Louise Bourgeois para ver en ese monstruo una madre. Y quién no.

Justo cuando estoy embobada mirando este enorme y maternal bicho desde abajo, a punto de creer que me puede comer si quiere, me vibra el teléfono.

–¿Qué haces hoy?

Lo que me propongas, pienso. Pero «Pues no tengo plan» respondo.

–¿Te apetece venir al Txupinazo?

–Pues no sé muy bien qué es.

–Es el inicio de las fiestas.

–Pensé que las iniciamos ayer.

–Jajaja, eso es verdad. Pero el inicio oficial. Y así conoces a Marijaia.

–¿A quién?

–¿No conoces a Marijaia? Madre mía, luego te cuento.

Me manda una ubicación y una hora y me pongo más contenta de lo que esperaba, debajo de esa araña gigante de bronce con huevos de mármol.

Parece que esta ciudad tiene más rituales de lo que hace creer.

Nos juntamos con sus amigas de anoche y con algunas nuevas y con otras que van a participar en una actividad que no he entendido del todo. Son las cinco y media y estamos en la explanada exterior de un

teatro barroco y me presenta solo a unas pocas de las compañeras con las que vamos a compartir acción. Tenemos que ocupar el mayor espacio posible, e impedir que la gente (sobre todo chavalería) que viene más a hacer botellón y tirarse huevos y harina –según me han dicho– que a escuchar el pregón que abre oficialmente las fiestas nos robe el espacio.

El plan empieza a estar claro. Desplegar en el menor tiempo posible una pancarta enorme, negra con letras blancas y en la que pone «Gora Borroka Feminista». No sé euskera, pero lo importante me lo sé, así que la paro antes de que me lo traduzca: «Viva la lucha feminista». Levantarla para que se lea desde arriba y salga en todas las fotos y retransmisiones de las fiestas. Me cuentan que es la misma que sacaron en sanfermines, y que allí las empujaron, les pegaron, las increparon, las pellizcaron y se la intentaron quitar. Pero la mantuvieron abierta todo el Txupinazo. Así que vamos preparadas para que haya bronca y sea difícil, pero conseguirlo.

A las siete menos cinco la explanada hierve, y mires hacia donde mires se ve gente. No quiero ponerme a pensar qué ocurriría si pasara algo, porque no habría mucho que hacer, y no parece preocuparle a nadie. Ella interrumpe mi plan de emergencias con una pregunta que hará muchas veces de ahora en adelante: «¿Estás bien?». Sí, estoy muy bien. Tratando de registrar todo lo que estoy viviendo, para que no me parezca la normalidad demasiado pronto.

Alguien da la orden y empezamos a desplegar la pancarta, que es más o menos redonda. En pocos segundos está abierta y la subimos por encima de nuestras cabezas. Algunas caben debajo. La gente empieza a gritar y aplaudir y miro hacia el balcón, donde hay dos personas que llaman la atención, una de amarillo, con un sombrero como de Napoleón, negro con plumas blancas y la otra de rojo, con una boina

del mismo color. Ella me explica que son El Pregonero y La Txupinera, sin soltar su parte de la pancarta, pero acercándose a mi oreja para que las otras no escuchen la explicación. También me cuenta que El Pregonero es el cantante de Doctor Deseo, un grupo que es famosísimo en Bilbao, pero que poca gente conoce fuera. Parece muy propio de Bilbao tener su propio *star system*. La gente enloquece cuando él empieza a hablar. Y habla de las diosas del Olimpo y de Dionisos y de que la diosa de Bilbao es Marijaia, y ahí la gente aúlla, e incita al pueblo a beber y a los placeres prohibidos y habla de respeto y de que no haya violencia machista, ni racista, ni homófoba y canta una estrofa que todo el mundo corea, «vamos a engañarnos, y dime, mi cielo, que esto va a durar siempre, perderme en tus brazos, dulce locura, tú, mi droga más dura», y luego algo en euskera y la mujer de la boina roja enciende un cohete y sale al balcón una figura gigante, una mujer rubia y tetona, con los brazos en alto y un pañuelo en la cabeza y ropa de colores y todo el mundo explota en gritos y saltos y llueven serpentinas, confeti, miles de papelitos rojos y blancos, y la chavalería se lanza harina y huevos y vuelan botellas de agua abiertas y suena una canción en euskera que todavía no sé que bailaré mil veces esta semana.

–¡Esa es Marijaia! –me grita ella con los ojos brillantes y húmedos y la voz ahogada de la emoción. Entiendo que no es el momento de preguntar por qué tanto jaleo con esa muñeca.

La misión es ahora, y nos ponemos firmes con las piernas separadas para tener más estabilidad y preparadas para aguantar los embistes, pero nadie nos embiste. Todo es bailar y risas y gente que se mete debajo de la pancarta para jugar y dejar claro que está dentro, que ellas también. Algunas pasan por debajo haciendo cadenetas. Los chavales jóvenes que nos rodean no se acercan, pero tampoco molestan. Todo resulta extrañamente fácil.

Cuando acaba la *rave* efímera, la gente se disuelve sorprendentemente rápido.

Nos organizamos para recoger la pancarta, que no queda tan bien enrollada como la habíamos recibido, porque la euforia tiende al caos.

–Bueno, ¿qué? ¿Qué te ha parecido Marijaia? –Entiendo que es una pregunta fundamental para lo que venga después, así que fuerzo un entusiasmo que espero que llegue pronto. Metemos la pancarta en un carro de la compra y alguien se la lleva a un local del Casco. Doy por hecho que este ritual tiene siguiente paso y me cuentan que vamos a esperar a que Marijaia abra las *txosnas*. Ese plan me genera tantas preguntas que no hago ninguna, y prefiero esperar. A ver qué nos ordena la diosa rubia.

Vamos a la parte de atrás del teatro, donde también hay *txosnas*. Me dan las indicaciones de lo que viene después con tanta naturalidad que hago como que no me parece todo loquísimo. «Ahora vamos a esperar a Marijaia», consenso total. Y, claro, Marijaia es la muñeca esa que hemos visto en el balcón, y ellas hablan como si tuviera voluntad propia, agencia. Somos de una tribu entusiasta y la cosa esa es nuestra tótem. También somos una tribu un poco borrachita, así que vamos al bar de detrás del teatro a tomarnos una (que es un mantra que tiene esta gente, me doy cuenta. «Tomarnos una» es una cada vez, pero la promesa de que habrá más, muchas más). Bueno, pues nos tomamos una en el Amaya, que es como una cafetería elegante, pero que ahora mismo está invadida por gente poco elegante y sirve las cañas en vaso de plástico (reutilizable) y tiene mucha cola en el baño. Pedimos y salimos a la calle, mirando anhelantes a las puertas del teatro, a ver por dónde sale Ella. Yo sigo fingiendo el entusiasmo, pero cada vez me cuesta menos, porque la curiosidad ya me tiene ansiosa, y eso se parece bastante. Ella me mira, pendiente de que esté bien y con la cara de quien está segura de que va a verte gozar. Yo tengo mis dudas, pero mantengo la esperanza.

De repente, locura colectiva, avalancha, hordas felices, los brazos de juguete en alto guiando al pueblo, como si Marianne y el Flautista de Hamelín hubieran tenido una hija fiestera. Ahí que vamos. Ella se adelanta, corriendo, y mira para atrás, y me dice: «¡Vamos, corre, que va a abrir las *txosnas*!». Con una emoción como infantil, como si la señora de mentira fuera a abrir los cacharritos de la feria y hubiera viajes gratis. Yo la sigo, estamos a esto, ¿no?

Va a Kaskagorri primero, una estructura gigante con un Asterix aplaudiendo en un *ring* a una boxeadora que celebra que ha dejado KO a un tío que no tiene ni cara. Me cuenta ella que es la *txosna* de la juventud abertzale. Hay un mural que me flipa. Una chica de pelo rojo y corte que alguien que no fuera de aquí diría «vasco», con pendientes de aro, cara de mala hostia, ceja levantada y un mechero encendido en la mano. Detrás de ella, llamas. Y unas palabras que ella, que me ve mirando extasiada la pintada, me traduce enseguida: «*Erasotzaileei SUA!* ¡A los agresores FUEGO!». Buah, es que este sitio me parece cada vez más mi casa soñada.

Ponen una canción en euskera, que todo el mundo canta bailando con los brazos en alto (bueno, «baila», se mueve de un sitio a otro dando saltitos) y ella me grita, con los brazos en alto y moviéndose de un sitio a otro, dando saltitos: «¡Es la canción de Marijaia, tienes que aprendértela!». *«Marijaia bera, gure Marijaia Bilbora etorri da Aste Nagusira»*.

Lo increíble es que –un par de días después– no solo me la sabré, sino que la «bailaré» entusiasta moviéndome de un sitio a otro dando saltitos con los brazos en alto.

Abrir las *txosnas* significa que no pueden empezar a servir alcohol hasta que llega la diosa, así que su presencia es, literal y simbólicamente, de lo más celebrada. «Abrimos» todas las *txosnas* persiguiendo a la rubia de cartón. La internacionalista, la feminista, la okupa, la vegana, varias de la izquierda abertzale y hasta una trotskista y una maoísta, que me quedo muerta de saber que son movimientos sociales activos en esta ciudad extraña y *vintage*. Para cuando abrimos todas, ya estamos borrachas y yo soy una más de esta secta que ama a las rubias juerguistas. Por lo que sea.

A las diez y veinte les entran las prisas, porque llegan los fuegos y dejan de servir. Sigyn no entiende la premura, pero se ha acostumbrado a seguirlas y obedecer y el alcohol la pone un poco dócil, así que va con ellas corriendo a pedir unos *katxis* de mojito a Mekauen. Se los sirven justo antes de poner las cajas sobre la barra, que indican que se cierra, hasta que las quiten. Un segundo después, se apagan la música y todas las luces y suena el primer petardo. Sigyn se queda un poco desconcertada, pero enseguida le explica que son «los fuegos». Que resulta que consisten en media hora de pirotecnia más o menos vistosa y ruido atroz, que paraliza la extraña y caótica ciudad en que se convierte la ordenada y limpia ciudad esta semana. Las dos únicas opciones son unirse a la masa de contempladores de fuegos o aprovechar el gigantesco y atronador estímulo para hacer algo que se haga mejor sin público. Así, buscan un sitio discreto entre unos contenedores, aprovechan para mear y se ponen unas rayas de *speed*. Es el bautismo de farrera bilbaína, unas rayitas de *pitxu* –anfetamina cortada, para que nos entendamos–, la droga que Euskal Herria consume 30 veces más que el Estado español. Y que cualquier otro Estado. Meadas y refrescadas por la raya, se pasan los *katxis* de mojito mientras hablan en varias conversaciones a la vez, intentando superar a gritos las detonaciones que estallan en el cielo, que juegan a ignorar.

Como todo, los fuegos pasan y vuelve la luz y no el silencio, pero sí la música, y van de *txosna* en *txosna*, en busca de amigas que están nosedónde, o de nosequién que tiene turno de barra o de una donde suene música que les guste. Poco a poco, les gusta casi toda la música, ya no saben de nadie que tenga turno y no buscan a amigas que no

estén con ellas, así que se van guiando por las canciones o por la inercia, como las ratitas de Hamelín. Y les entra la risa al hacer esa comparación.

Y se toman un cuartito de pastilla, porque las birras, el mojito y el *speed* sientan bien si las combinas bien. Pero solo un cuartito, ¿eh? La ventaja es que no hay que irse detrás de un contenedor ni nada, te la puedes comer así, mientras bailas «Malamente, tra tra», como quien se toma un Smint.

Van de una a otra, aunque cada vez pasan más tiempo en la misma. Se ríen mucho, bailan cualquier cosa con el mismo entusiasmo, se hablan a gritos en frases cortas, pero no se entienden ni la mitad. Y siempre hay alguna que ha ido a mear. Esperan mucho rato a que alguna vuelva de mear, o de pedir, o de encontrarse con alguien, o de ir a meterse una raya, pero la espera no parece tal, sino la noche. Bailar y reírse y seguir bebiendo.

Van a Mamiki, la *txosna* feminista. Allí hay muchas más tías y muchas bolleras, y pueden entrar a mear a la parte de dentro, porque una conoce a una que tiene turno y les abre la puerta. En la cola del baño químico de dentro –que no es ni una cola, sino dos tías, nada que ver con las filas de fuera, que, por otro lado, no han hecho porque los contenedores generan una barrera inexpugnable en la que se sienten invisibles–, una de las tías, una morena guapa de pelo corto y aire seductor tan obvio que funciona, les ofrece M en una bolsita. Por supuesto, le dan un par de chupaditas. Salen fuera y bailan petardeo y cantan las canciones a gritos y hacen las coreografías de siempre y otras que se inventan en el momento y a ratos se les cruzan las miradas y hacen *playback* juntas y bailan un poco a dúo, pero no como *«shine bright like a diamond»* porque no ponen Rihanna.

Cada vez hay menos gente, y ellas van cada vez menos a menudo a la barra, y algunas se van yendo a casa, y bajan un poco el volumen de la música y ya hace un rato que no se meten ni rayas ni pastillas, y puede que no sea una mala idea ir pensando en irse a casa. Como Sigyn se empeña en ir a su furgo andando, y hace rato que no tiene batería en el móvil, y no cree que pueda explicarle un camino igual más corto pero más complicado, la acompaña hasta la Plaza Circular, y le dice que siga recto, recto, hasta que se encuentre con una estatua dorada gigante que tiene el corazón en la mano. Y que ahí, detrás del muñeco, busque una cuesta abajo pronunciada, y ahí, al final de la cuesta, un poco más adelante, está su *parking*. Maddi le dice que le escriba cuando llegue a la furgo y cargue el móvil. Sigyn pone el móvil a cargar en cuanto llega, pero se queda dormida desnuda mientras espera a que se encienda.

Capítulo III: Domingo, 19 de agosto de 2018

El teléfono. Qué susto. ¿Qué hora es? Las 12.

–¿Sí?

–Perdona que te llame, pero no sabía qué hacer.

–¿Qué pasa?

–Qué susto, tía.

–¿Pero qué ha pasado?

–Que me han entrado en la furgo.

–¿Qué? ¿Cómo ha sido?

–Pues estaba durmiendo en la furgo y de repente he oído un ruido y era un tío que había roto la ventana y estaba intentando entrar.

–¿Qué dices? ¿Estás bien?

–Sí, pero casi me muero.

–¿Y qué has hecho?

–Pues me he vuelto loca y he cogido un cuchillo y he salido a la puerta y me he puesto a gritar y el tío se ha pirado.

–¿Qué dices? ¿Le has espantado?

–Pero es que encima ¡he salido en pelotas!

–¿Qué? No te creo.

La imagen de ella en pelotas gritando con un cuchillo en la mano, persiguiendo a un tío que le ha intentado robar, me parece tan cinematográfica que quiero hacer una película ahora mismo.

–Sí, tía.

Se ríe un poco. Yo también.

–Pero qué susto, ¿no?

–Horrible. En el momento me sentía la de *Kill Bill* –buah, Beatrix Kiddo, *match* en referencias–, pero luego me he dado cuenta del peligro y me he asustado y después me he dado cuenta del ridículo y me ha entrado la risa.

–¿Y a qué hora ha sido?

–Pues poco después de llegar, como a las siete o así.

–¿Y por qué no me has llamado entonces?

–Pues porque me ha dado palo despertarte con mis movidas.

–Joder, es una cosa *heavy*, me podías haber llamado. ¿Y qué has hecho hasta ahora?

–Pues he puesto cinta americana que tenía en la furgo tapando la ventana y me he dormido, la verdad. Estaba agotada.

–Madre mía, ¡qué templanza! A mí me hubiera dado algo. Oye, ¿quieres que vaya?

Silencio.

–No sé, me da cosa hacerte venir.

–¿Qué dices? Si quieres que vaya, pillo el coche y voy.

–Pero hacerte mover el coche… No sé.

–A ver, ahí no te puedes quedar. ¿Qué vas a hacer? Ya te dije ayer que tengo un sofá cama en mi casa. Y ahora mismo no está fácil llegar en tren ni en metro. Y conseguir un taxi, complicadísimo. Venga, espérame ahí. Lo que tarde en subir a por el coche y llegar.

–Jo, muchas gracias.

–¿Te llevo algo?

–No, tranqui.

–Venga, te escribo cuando esté llegando.

Al ir a la ducha, me doy cuenta de que tengo más resaca de la que creía. Lo de ir a «solo cerveza» está bien, pero hay que meter el *speed* y las pastillas en las cuentas, para ser honesta. Abro el agua a toda potencia y dejo que se lleve la alquimia quinqui de mis poros. Los pies no tienen remedio. Ya me los limpiaré el siguiente lunes, cuando todo acabe. Bragas de pata, sujetador deportivo, vestido negro corto de tirantes, sandalias «de monte» y pistoleras de Las Culpass. Un ibuprofeno, zumo de bote y un plátano de la nevera. Me lo como bajando las escaleras, porque tarda mucho el ascensor. Me he dejado las llaves del coche, así que doy la vuelta y subo y bajo en el ascensor, con las gafas de sol, de paso.

El coche está en Miribilla y se me hace eterno recorrer el Casco, con los *txistularis*, las cuadrillas, las familias, la gente sin rumbo que busca algo que le haga ser parte de lo que está pasando.

Por fin llego al puente de San Antón y esto ya parece el barrio que se cree ciudad de siempre. Subo muy rápido, estoy nerviosa. ¿A dónde voy exactamente?

O sea, la recojo y me la llevo a mi casa, ¿y? Si fuera cualquier amiga, no pasaría nada, pero es que la conocí antes de ayer. Pero tampoco

significa nada, ¿no? Se queda en el sofá hasta que le arreglen la ventana de la furgo y ya. Nada más. Y tengo la casa hecha un cisco. Espero que no esté sucio el baño.

Y no tengo casi nada en la nevera.

A ver, que no es una invitada, que es una emergencia.

Llego al coche, bajo el espejo y me pinto los labios de rojo. Estoy nerviosa, joder.

Llega en un coche enorme, viejo y rojo. Como sus labios. ¿De qué estará hecho ese pintalabios, que nunca se le borra? Viene con el pelo mojado y ropa limpia. Y yo me siento más sucia y resacosa al verla.

Se para detrás de mi furgo y baja sin comprobar si deja paso a otros coches. Me pregunta cómo estoy, tiene la tentación de abrazarme, pero no lo hace y va directa a la ventana.

–¡Hostia puta! –me mira–. Qué miedo, ¿no?

Me pregunta cómo estoy, otra vez. Le cuento en persona lo de salir en pelotas gritando y con un cuchillo, y le hago todo el *acting*, y se parte de risa y me dice que ella no se hubiera atrevido, que se hubiera muerto de miedo, pero yo no me lo creo.

Me pregunta de dónde he sacado un cuchillo y se alegra de que lo llevara, aunque a ella en un curso de autodefensa le explicaron que era mejor no tener un arma que no estuvieras segura de atreverte a usar. Por eso ella no lleva nada.

–¿Y qué vas a hacer?

Me quedo callada porque pensaba irme a su casa, pero igual se lo ha pensado mejor, o se lo ha contado a su novia y no le ha hecho ni puta gracia o igual dice «pero si la acabo de conocer». Igual cree que soy una lianta, o una jeta o una gorrona…

–Quiero decir, ¿vas a denunciar?

–Pues, no lo sé. No tengo buenas experiencias con la Policía. Nunca han hecho nada que me fuera útil.

Llama a una amiga suya que tiene una plaza de garaje que no está usando y la sigo en la furgo hasta la casa de la amiga, primero, a que

le pase la llave magnética del garaje y hasta la plaza de garaje, después. Aparco donde su amiga y me subo a su coche.

–Bueno, vamos a mi casa, ¿no?

–No sé, ¿te parece bien?

Responde que qué voy a hacer si no, y ahí me doy cuenta de que me estaba flipando y que solo está siendo maja con una bollera extranjera, y que lo de la química y la complicidad y las miradas me lo estaba inventando un poco, y que lo mismo llego ahora a su casa y está su novia.

–¿Te da palo venir a mi casa?

La pregunta me sorprende y la respuesta me sale sola.

–¿Y a ti?

Ella se ríe y dice que no, pero que le parezco muy maja y muy confiada y que cómo sé que no es cómplice del tío que ha intentado entrar en mi furgo. Y yo le digo que no lo había pensado, pero que puede ser que me haya enviado al tipo para que no pueda seguir durmiendo en la furgo y me tenga que ir a su casa. Eso la pone tensa.

Me mira y se ríe, pero no se atreve a decirme lo que le pasa por la cabeza. Ni yo a preguntárselo.

Aparcamos en un *parking* en un alto, desde el que hay una vista estupenda de la ciudad, que ahora entiendo que es un valle. Me cuenta que por eso los viejunos la llaman El Botxo. Bajamos en una especie de ascensor/funicular hasta un edificio verde feo, con pinta de palacio de deportes, y seguimos andando. Todas las casas son nuevas, los bajos vacíos, solo algunos bares, hasta que llegamos cerca del puente de San Antón y empieza el Bilbao que me suena.

–Mira, esto es Bilbi. Aquí vas a venir mucho.

Casas antiguas y bares con terraza y gente vestida de negro y cortes de pelo que aquí parecen normales, y banderas palestinas y banderas piratas y la ikurriña y pintadas antifas y perros y gente bebiendo y hablando a gritos. Voy a venir mucho, sí.

Cruzamos el puente que sale en el escudo de la ciudad y la vista de la iglesia es igual que en el escudo, y vamos por la calle Ronda y se encuentra con gente a cada paso, y se nota que es gente con la que se pararía a hablar, pero saluda y sigue, haciendo un gesto que me pone a mí y a mi mochila como excusa.

Paramos en una puerta enorme, preciosa y antigua de madera, en una calle llena de tiendas de franquicias, y entramos en un portal bonito y cuidado, con mármol en el suelo en forma de damero, un zócalo de madera granate, apliques antiguos, todo muy estético. Me impresiona un poco porque no me esperaba esta casa. Subimos en ascensor al sexto y entramos en una buhardilla oscura, pequeña y mona.

–El portal engaña, ¿verdad? –dice como si me hubiera oído.

La casa es un espacio diáfano, pequeñito, pero bien aprovechado, donde solo hay puerta en el baño y supongo que un día la hubo en la cocina, pero ahora solo queda el quicio. La habitación está en un hueco según se entra a la derecha, donde el techo abuhardillado se va acercando al suelo, con una cortina blanca traslúcida haciendo de barrera más a la mente que a la vista. La cocina y el baño, a la izquierda, y el resto del espacio abierto, con las vigas de madera vistas encontrándose sobre nuestras cabezas.

–Qué casa más bonita.

–Es chula, ¿verdad? Llevo muchos años aquí. Y antes estuvo un amigo, y antes otro. Va pasando de mano en mano, porque es un chollo. Si no, ni de coña podría vivir aquí. Ahora mismo, vivir en el

Casco para alguien como yo es impensable. La pena es que no se ve la calle, solo el cielo –y señala a los Veluxes que iluminan desde el techo.

A mí me encanta. Le pega.

Sigyn deja sus cosas en una silla cerca de la cama, Maddi le pregunta si se quiere duchar y ella dice que sí, y Maddi le da las explicaciones de cómo va la ducha y dónde están las toallas, y antes de dejarla sola en el baño, le ofrece un café y ella le dice que sí. Es extraño saber que alguien está desnuda, duchándose en tu casa, y pensar eso le pone nerviosa, porque es más extraño si lo piensas. Sale en toalla, con el pelo mojado y su ropa y el neceser en la mano. Maddi se va hacia el sofá, para que le quede fuera de su campo de visión, y ella se cambia en la «habitación», detrás de la cortina traslúcida. Prefiere no mirar, por si se ve. No puede evitar verlo en su cabeza. Sigyn se viste y se peina en segundos, se echa una crema rápida en la cara y le dice que ya está. Maddi le alarga el café y se lo toman en la cocina, de pie, pensando en qué viene ahora. Como no hay comida en casa, ni saben muy bien qué hacer la una frente a la otra en esa buhardilla con la intimidad justa, pues deciden echarse a las calles.

El vaso reutilizable con el logo de Bilboko Konpartsak colgado del cuello con una cinta de plástico de esas con las que se hacían pulseras cuando Maddi era pequeña y el plástico molaba es el carnet de locales. Porque aquí lo que importa es que entiendas cómo va, no de dónde vengas. Prendas negras, algo de *animal print*, lemas en las camisetas, alguna chapa, y que no hagas botellón y lleves *cash* y te gastes las perras en las *txosnas*, que se curran estas fiestas y mantienen la conciencia de este pueblo gris todo el año.

Van a probar a ver si quedan *bloody marys* en la *txosna* antimilitarista, que es donde mejor los hacen y si les pones ojitos te los sirven en vaso de cristal. Quedan. Se toman dos o tres. En realidad,

solo paran porque al mediodía cierran para comer toda la *konparsa* junta. Empiezan a extender mesas largas delante de la mayoría de las *txosnas* y la gente de las *konparsas*, casi todas con camisetas iguales entre sí, se van sentando a compartir mesa en esa semana en la que las costumbres, los vínculos, las relaciones y las relaciones de poder cambian, y giran en torno a ese espacio que nadie creería que es –durante el resto del año– un parque anodino, con árboles preciosos y jardines cuidados –que ahora mismo estamos pisando–, pero con poco más que ofrecer que un quiosco para conciertos de la banda municipal, una terraza en la que beber, un parque de columpios, un par de fuentes de adorno y el acceso a un *parking*. Pues esta semana, por el día, se convierte en versiones posmodernas de Zubiaurre. Y por la noche, ríete tú de *Calígula*, de Tinto Brass.

Después de los *bloody marys* van a comerse una hamburguesa vegana a La Muga y Maddi le cuenta que antes era El Muga, un bar que abrió en los 80, cuando ella tenía 15 años, y que se convirtió en el sitio en el que pasaba todo lo que importaba. Te podías encontrar a los de Zarama, o a los de Eskorbuto o a Fermin Muguruza o Aurora Beltrán, un día cualquiera, pero es que pasaba por allí todo el moderneo de Bilbao –que eso, en 1983, era mucho decir– y todas las tribus urbanas posibles entonces: punkis*, red skins, mods* y góticos, sobre todo, pero se podía ver por allí hasta *heavies* y *rockabillies*, que nunca han sido de mezclarse. A Sigyn le suena un poco ajeno todo aquello, pero la escucha encantada, porque se ve que Maddi se lo pasó muy bien en esos tiempos, porque lo cuenta con un entusiasmo que te parece que estuviste allí. También le habla del Gaueko, un local unos metros más adelante, que ahora es una lonja cerrada, pero que era un antro increíble decorado como si fuera un baño o abierto sobre un antiguo baño público, según a quién le preguntes, y en el que todas se sentían en Berlín, aunque ninguna había estado en Berlín. Y ahora le pregunta

sobre Berlín, y Sigyn le cuenta sobre el Berghain y el Kit Kat y las okupas a las que va, y la vasquitis que sienten en esos espacios, idealizando todo lo que suena a Euskal Herria, y se dan cuenta de que todo el mundo idealiza lo que no ha vivido, en el tiempo, en el espacio, o en el hueco que queda entre la realidad y los recuerdos imaginados.

–¿Sabes qué? Estamos en las mejores fiestas del mundo –Maddi lo dice en serio, a Sigyn no le importa fingir que se lo cree–. Coge el vaso y vamos a quemar Bilbao.

Pagan y se van a las *txosnas*, porque algunas han empezado a abrir otra vez.

Todo es muy diferente de día y sin seguir a Marijaia. Ahora se puede andar y hay perspectiva. Resulta que la gente que dice que hay que vivir Aste Nagusia de día, que está muy bien y no tiene nada que ver, tiene razón. Hay mucho que hacer. Bebiendo, claro. Puedes ver un concierto de grupos punk locales en Kranba, la *txosna* okupa, mientras bebes. Puedes bailar salsa en el espacio entre Bizizaleak (la ecologista) y Mekauen (la internacionalista), mientras bebes. Puedes ir a clases de Zumba, ver DJ, teatro de calle, espectáculos infantiles, espectáculos que no sabes muy bien si son infantiles, concursos de karaoke, conciertos que no sabes si son karaokes y todo tipo de entretenimientos de bajo presupuesto y alto nivel de entusiasmo y curro colectivo, mientras bebes. Va pasando la tarde y ellas van de *show* en *show* y cada vez están más pendientes de su propio *show*. Hablan de todo lo que se les ocurre y se ríen mucho y a veces se paran a hablar o a «tomar una» con gente que Maddi conoce y nadie pregunta quién es Sigyn, porque esta gente se presenta lo justo. Igual por eso beben tanto.

Acaban bailando en Piztiak (la vegana) con unas chavalas que pinchan y hacen *show* y se ponen pelucas y hacen coreos, y ellas se entregan en cuerpo y ritmo, y para ser una vasca y una alemana, la verdad es que tienen *flow*.

Aprendieron la lección ayer, así que antes de los fuegos se ponen a la cola de los bocatas en Piztiak y piden uno gigante de seitán a medias, y se lo comen sentadas en un bordillo compartiendo un *katxi* de cerveza, haciendo como que no explota pólvora sobre sus cabezas. Cuando termina el apocalipsis pirotécnico de cada noche, se dirigen a Txori Barrote, una *txosna* en favor de las personas presas políticas, donde toca La Furia.

–¿No conoces a La Furia? A mí me flipa.

–Bueno, de rap feminista no conozco demasiado. La Gata Cattana, por supuesto, y poco más.

–Buah, pues te va a encantar. Es otro rollo, ¿eh? Letras cañerísimas, superpolitizada también, pero con un *flow* más rollo diva, con más producción. Se come el escenario. Ya verás.

Y sale a un escenario pequeño entre *txosnas* una mujer con una coleta alta rubia platino, un vestido negro Adidas cortísimo y unas botas de charol negras de plataforma imposible, con una caña tan alta que le llega casi hasta el vestido. Las uñas negras, dilataciones en las orejas, tatuajes *old school*. Ellas la miran embelesadas; una, desde la admiración ya macerada hace tiempo, y otra, desde la sorpresa del descubrimiento.

«Ya no queda paciencia, sobran razones, voy a llevar encima la Opinel, por si tengo que hacer los honores», canta la tía. Y Maddi le dice al oído: «¿Sabes lo que es una Opinel?». Sigyn niega con la cabeza y entonces le explica que es una marca de navajas que se hace en Francia. Y se miran y comparten emoción y el gusto de tener

delante a una chulaza que canta como si susurrara gritos, y que grita sobre las cosas que les importan. Navajas, razones para usarlas, no estar solas, no ser las únicas, estar metidas de Orfidal y rayas de anfeta y la mierda que les rodea, y lo que pueden hacer para acabar con ella.

«Y antes de morir, prefiero matar. Mira, no lo siento, no me voy a disculpar».

Bailan enardecidas y aplauden enardecidas y gritan y celebran ese momento feliz, justo al otro lado del espejo de los diamantes de Rihanna. Aquí nada es brillante, más que el charol de las botas y las pupilas dilatadas por el placer y por la anfeta que se han metido en algún momento entre el seitán y La Furia.

Aunque ellas no son de esas, esperan después del concierto a que la rubia que se las ha llevado por delante con su *Vendaval* (y es que algunas artistas tienen derecho a poner títulos grandilocuentes a sus discos, hostias) se baje del escenario y se haga una foto con ellas. Le hacen reír de tanto entusiasmo, porque ella tiene talento de diva, pero letras que cierran las puertas del *mainstream*, así que conoce a casi todas sus fans. Las bendice y les da la bienvenida a su reino. No, no quiere quedarse de farra con ellas, muchas gracias, sois majísimas.

Y siguen la noche haciendo paradas en todas las *txosnas*, pero quedándose solo en aquellas donde las canciones no les dan ganas de liarse a navajazos. Que no son muchas.

Eufóricas, borrachas y colocadas, ignoran a toda la gente que las rodea, que es muchísima menos que ayer, y despachan a los pesados que se acercan a Sigyn –que todavía no ha alcanzado el umbral de madurez como para que ellos no la vean y, por tanto, la dejen en paz– enseñándoles la palma de la mano y diciendo, condescendientes y asqueadas: «Aquí no es». Muchos de ellos se van, cabizbajos pero conscientes de que el mundo está dejando de ser ese lugar en el que se merecen todo lo que les apetece. Pero algunos se quedan a insistir,

dejando claro que no hay nada de deseo ni intención de seducción en sus acercamientos, sino ganas de mear sobre los cuerpos que delimitan su territorio. A veces, literalmente.

No consiguen estropearles la noche. Pero para nada.

Llegamos a casa a punto de que amanezca, contentas como si fuéramos vampiras que han librado el sol de churro. La luz del ascensor es muy cabrona y nos devuelve las caras que tenemos en realidad. No son nada buenas. Nos reímos. Mi pintalabios de 13,95 € sigue intacto. A veces pienso de qué estará hecho, pero justo ahora, con lo que llevo encima… ¿de qué está hecho el *speed*? Nunca me lo había preguntado. Llegamos y se me caen las llaves dos veces antes de que encajen. Estar borracha es ser un cliché. Por fin, abro. Entramos y Sigyn va a al baño y, mientras mea, pienso en lo incómodo que puede ser este momento. Si me malinterpreta, me mato. Me muero de vergüenza si me estoy equivocando. Así que me pongo a buscar una sábana y un edredón y una almohada y me acerco al sofá y empiezo a convertirlo en cama. Y ella se acerca por detrás y se pone a mi lado y se agacha a la altura de mi cara y me dice, riéndose un poco: «¿Qué haces?». «Preparando la cama», le digo. «Me vale con la tuya», me responde. Se me pasa el pedo de golpe –o eso creo– y me asusto de si la estoy entendiendo o de si me estoy creyendo el malentendido. «Ah, vale», le digo. Y paro. Y voy a por agua y voy a mear y me lavo los dientes y cierro la puerta por dentro y dejo la llave puesta y pienso en más cosas que hacer para retrasar el momento de ir a la cama. Ella me grita: «¿Cuál es tu lado?», ya tumbada. Y yo: «El de la puerta». «No hay puerta», se ríe. «Bueno, el de fuera». Entro y me mira sonriendo tranquila. Lleva una camiseta puesta. Me meto en la cama en bragas y sujetador, porque no tengo camisetas para dormir porque no duermo con camiseta, ni con nada, pero ahora mismo descarto la desnudez. Estoy tensa y me siento vieja por primera vez en días. Me tumbo boca arriba, pero enseguida me giro y le doy la espalda. Se acerca y me hace la cuchara. Me pasa la mano por la cintura y me susurra «buenas

noches» cerca de la oreja. Y se ve la luz del amanecer de agosto por la ventana. Y la oigo respirar dormida. Y me quedo despierta y quieta mucho rato, con su mano en la tripa.

Al final caigo.

Capítulo IV: Lunes, 20 de agosto de 2018

Por la mañana –a eso de las dos, en realidad– me despierta el ruido en la cocina. «Buenos días», grito, y asoma la cabeza por la cortina que le da intimidad (¿qué intimidad, si es una cortina?) al hueco donde está la habitación. «¡Hola! Estoy haciendo café. ¿Te parece bien?». Me parece que flipas. «Pero no tienes nada para comer. Yo me muero de hambre. ¿Tú?». Ni me acuerdo de cuándo comimos la última vez. «Yo también, sí». «Pues voy a bajar a comprar cosas para desayunar, ¿vale? ¿Hay algún súper por aquí?». «Hay un BM a dos minutos, sí. Pilla esa bolsa de tela, que es la que uso para la compra». «Oye, una cosa, yo soy vegetariana. ¿Tú comes carne?». «Bueno, no mucha». «Ya, eso decís toda la gente que coméis carne. Compro cosas vegetas, ¿vale?». «Claro. De verdad que no como casi carne. De hecho, solo como pescado desde hace casi un año». Me mira raro, pero tiene más hambre que curiosidad, así que me dice que luego se lo cuento, como si no quisiera saber cuáles son mis excusas para ser peor que ella. «Espera, que te doy pasta». «Sí, claro, solo faltaba». Y sale. Y cierra. «¿Llevas llaves?». No me oye.

Me quedo en la cama pensando qué está pasando. Hemos dormido juntas, abrazadas, en bragas, un poco puestas también. Y ahora va camino de la compra para hacer el desayuno. En mi casa. Y no sé hasta cuándo se queda. No sé nada. Me agobio porque me estoy saltando todos los pasos, pero a la vez estoy tan tranquila que flipo.

No me han llevado a muchos sitios buenos los pasos, también te lo digo. Puf, ¿por qué los pensamientos más claros hacen falta cuando tienes la mente dormida de clavo y sueño? Me pongo de lado, de espaldas a la cortina y a la luz y a la casa y a la realidad inmediata, mirando a su lado de la cama. Alargo la mano de forma instintiva. Y la retiro, un poco asustada. ¿De dónde sale tanta intimidad? ¿Por qué estoy cómoda? En mi vida me ha pasado esto. Yo soy de me gusta, no me gusta. Esta noche sí, mañana no. O de poco a poco. Para ser bollera, vamos. Pero es que esto no sé si es poco o nada o mucho o todo o qué coño. ¿Pero en qué estoy pensando? Ella está tan pichi, feliz, tranquila, natural, cómoda. Confiando en una tía desconocida, pero maja, con la que hay superbuén rollo y con la que no hay peligro. Ella está relajada porque no hay nada, y se burlaría de mí si me oyera pensar. Me siento vieja otra vez.

El café silba. Me levanto y así me escapo de mis pensamientos. Bendito café.

Entra y Maddi sigue en la cama.

«¡Hola! ¡Venga, arriba! ¿Has apagado el café?». Lo ha apagado y ha vuelto a la cama y luego se ha agobiado y ha buscado una camiseta y un pantalón corto, al darse cuenta de que ella viene de la calle y no va en bragas. Y luego ha vuelto a la cama, porque no sabe cómo esperarla.

Sigyn va a la cocina y actúa como si viviera ahí. Encuentra la tostadora y la sartén y el aceite y los platos y las tazas y todo lo que hace ruido en la cocina, y Maddi la espera sentada en la mesa del espacio común que hace de comedor, de sala y de pasillo, mirando a un punto fijo para no mirar a ningún sitio. Asoma la cabeza por la puerta de la cocina, la mira hasta que ella la mira y se ríe: «¿Me ayudas?». «Sí, perdona, claro». Y así se rompe la ilusión de no compartir la intimidad de hacer el desayuno juntas. ¿Cuánto hace que no desayuna con alguien en su casa? Sigyn trae una bandeja que no recordaba tener llena de cosas humeantes que huelen a nada que hayan tenido cerca de la nariz en los últimos días. Tostadas de pan integral, aguacate con pimienta negra, huevos revueltos, melón, zumo del bueno y la cafetera italiana apoyada en la tabla de cortar de madera. Extiende platos, cubiertos, tazas y vasos, y todo lo que ha preparado, con una energía que le abruma. La mesa quita la resaca de solo mirarla. «¿Leche?». «No tomo leche». «Es de avena». «No tomo ninguna. Buah, gracias, o sea, esto es un sueño». Ni siquiera le gusta el melón, pero el cuerpo pide agua y fructosa. De repente, es Txumari Alfaro, ¿sabes? Preocupándose ahora, y no anoche, de la composición química de lo que consume. «¿De qué te ríes?». «De nada» (no quiere ser quien le explique quién es Txumari Alfaro). Se comen las tostadas

y el aguacate y los huevos y el melón. «¿Más café?» «Sí, porfa». La segunda cafetera se la toman en el sofá.

–¿Cuántos años tienes?

–¿Perdona?

–¿Es muy borde?

–Bastante.

–Es para no preguntarte otra cosa peor.

–¿Hay una pregunta peor?

–Sí. Bueno, depende de la respuesta.

–Qué curiosidad. Prueba.

Se queda un rato mirándose las manos, la mira, levanta la ceja y se pone seria.

–¿Tienes novia?

No tiene, pero le perturba mucho la pregunta. Siente que se ha roto la burbuja que han construido en algún momento y que, de repente, el mundo entero, con su gente y sus vínculos, y sus rupturas y sus dolores, se ha colado entre ellas. Y se da cuenta de que no se ha hecho la misma pregunta sobre ella.

–No tienes que contestar, si no quieres.

–No, no, sin problema. No, no tengo novia.

Y se hace un silencio que ocupa justo el hueco de todas las preguntas que se hacen ambas.

–¿No quieres hablar de esto?

Y no quiere parecer grave ni que nada cambie, pero hubiera preferido que esa pregunta no se hubiera hecho sólida entre ellas. Porque ahora

hay que hablar de lo que hay entre ellas.

–Bueno, no pensaba hablar de estas cosas.

–Pues dime cuántos años tienes –la mira y se ríen las dos porque han estado evitando algunas conversaciones sin saber cuál les da más miedo.

–Tengo 50 años –la mira.

–No pareces.

–Sí parezco. Mira mis amigas. Casi todas son de mi edad. Lo que pasa es que no cumplimos con la idea de lo que es una mujer de 50. No parecemos viejas.

–No eres vieja.

–Depende. Joven tampoco. ¿Cuántos años tienes tú? –lo pregunta porque no hacerlo significa algo que no quiere.

–¿Cuántos me echas?

–Muchos menos que yo –se ríen un poco, aunque mucho más que la gracia que tiene.

–Tengo 30.

Puf. Veinte años. ¿Veinte años de qué? ¿A qué viene esa resta?

–¿Y tú? ¿Tienes novia?

–No, no tengo.

Esta conversación ha cambiado algo y las dos lo notan. Ya no son dos desconocidas de farra que se cuidan como se cuidan las bolleras farreras en todo el mundo –el *lesbienbi*, que dice una de Iruña–. Ahora tienen que preguntarse en qué trabajan y el apellido y la música que les gusta. Tienen que dejar de ignorar los anzuelos que les lleva tres días lanzando la realidad, y que ellas esquivan bailando y compartiendo vaso y birras y yendo juntas a mear y a meterse *speed*

detrás de contenedores y fingiendo que ella tampoco conoce a nadie en la ciudad, que no tiene planes ni gente a la que ver en las primeras 48 horas de la semana de fiestas de la ciudad en la que vive.

–¿En qué curras?

–No hagas esto.

–¿El qué?

–Cumplir el protocolo.

–¿Qué protocolo? ¿Qué dices?

–No me hagas el cuestionario básico para que así podamos hacer como que nos conocemos de siempre y ponernos a hablar de cosas irrelevantes y que todo sea sencillo y cómodo.

–¿Qué problema tienes con lo sencillo y lo cómodo?

–No quiero comodidad. Quiero éxtasis –Sigyn la mira con los ojos abiertos de más y se le escapa una risa que dice «¿pero qué dices flipada?»–. A ver, ya sé que ha sonado raro y pedante. Pero quiero decir que no quiero que hagamos la sesión de presentación oficial, como si fueras mi terapeuta o nos tocara viajar juntas sin querer, para poder pasar enseguida a las series, los libros, las anécdotas de la infancia y las recetas. Quiero que nuestras conversaciones afloren espontáneas y que sean incómodas o extrañas, pero no irrelevantes.

Sigyn mira unos segundos al frente y procesa.

–Joder, tía. No te callas nada, ¿eh?

–¿Qué dices? Me callo muchísimo. Pero me gestiono mal en la superficie. Prefiero bucear y salir a respirar solo cuando hace falta aire.

La mira y se está callando algo.

–¿Qué?

–No sé. Me gustas. Eres cruda y rara, pero me gustas. Es como si las conversaciones contigo no tuvieran relleno.

Surge un silencio complicado, porque las cosas han cambiado mucho respecto al último silencio. Ahora saben cosas la una de la otra, y sobre todo, saben cosas que la otra quiere saber de cada una.

Se terminan el café calladas, como te callas cuando estás pensando en cosas que no quieres compartir justo con la persona que tienes al lado, porque sale en los pensamientos.

Después de un silencio eterno, Maddi pregunta: «¿Vas a salir hoy?». Y a Sigyn le duele que le haga esa pregunta como si fuera una decisión individual, porque pensaba que estaban juntas en esto de hacer planes a corto plazo, que siempre son el mismo. «Pues no sé. ¿Tú que vas a hacer?». «Pues yo hoy igual prefiero no salir, porque siento el cuerpo agotado y un poco envenenado y la semana es muy larga». «¿Y qué vas a hacer? ¿Quedarte en casa?». «Pues depende. ¿Tú qué plan tienes?».

Joder, esta tía no pilla las indirectas o pasa de mí. Pero con quién voy a salir yo, si he pasado con ella todo el tiempo que llevo en Bilbao. ¿Es que no se da cuenta de que no tengo más planes que ella? Si no conozco a nadie más. ¿Se estará agobiando? Ay, por favor, me está echando y no me estoy enterando, qué patética.

–Pues igual puedo ir a intentar que me arreglen la ventana de la furgo.

–En esta semana es dificilísimo encontrar a alguien que esté trabajando. Igual encuentras algún taller abierto, pero seguro que no te lo arreglan hasta que pase Aste Nagusia. ¿Tienes prisa? Aquí te puedes quedar todo el tiempo que quieras.

–Ya bueno, no quiero aprovecharme de ti.

Queda muy rara esa frase. Maddi se ríe.

–Créeme, no te estás aprovechando de mí. Pero, oye, si te quieres ir, evidentemente no hay ningún problema. O si quieres quedar con otra gente, o lo que sea.

¿Pero a dónde voy a ir? ¿Y con quién? ¿Eres tonta? Me levanto y me pongo a recoger la mesa con una urgencia inventada, para no enfadarme con ella.

–Pues la verdad es que me gustaría quedarme aquí hasta que me arreglen la furgo o me den el piso el 1 de septiembre, si te parece bien –le digo de espaldas. Me giro y la miro–. Y me gustaría hacer los planes contigo.

Ella se queda callada en el sofá, mirándome con una expresión que no entiendo, pero no es sorpresa y puede que sea miedo.

Y se levanta con una media sonrisa que me deja intrigada. Se va al cuarto y vuelve con el móvil. No es la respuesta que esperaba.

–Pues tengo un plan estupendo para ti, rubita.

¿Rubita? No sé si me acostumbro a que las acciones evasivas sustituyan a las conversaciones complicadas, pero a ver qué me propone.

–¿Te apetece ir a ver la tumba de Iosu, el de Eskorbuto?

–¿Qué?

–Está en el cementerio de Santurtzi. Podemos ir en metro. Estamos a tiempo porque cierra a las siete. Tenemos que llevar una lata de Kas Limón, que es lo que le gusta.

Todavía estoy un poco estupefacta, porque es el último plan que me esperaba. De hecho, no sabía que existiera ese plan. No se rinde.

–¿No has ido a la tumba de Jim Morrison?

–No, no he ido.

–A mí me encantó. Pues esto es igual, pero en punk. El Rey Lagartija, en vez del Rey Lagarto. A unas paradas en metro. Y podemos ir a rendirle honores. ¿No te gustaba Eskorbuto? Pues aprovecha la oportunidad única de estar en la tierra que le vio nacer, tocar, picarse y morir.

Me inquieta un poco su euforia, porque no sé si está evitando la conversación que he pretendido iniciar o que precisamente está sacando los planes que tenía guardados para mí.

Todavía no he respondido y ya está yendo a la ducha. Como si me oyera pensar –otra vez–, me dice: «Todavía no me has dicho si quieres ir. ¿Te apetece?».

Me parece imposible decirle que no, con el despertar que le ha supuesto la propuesta y la verdad es que me hace un montón de ilusión ir a una tumba que no sabía que existía. Parece que estoy destinada a conocer y amar los rituales del sincretismo quinqui de esta tierra que desconozco más de lo que pensaba.

–Me apetece un montón.

Se le nota que sonríe feliz.

–¡Te va a encantar, verás!

Me desconcierta su entusiasmo y espero que me guste la excursión. No quiero traicionarlo.

Salen a la calle esquivando fieles de Marijaia y llegan enseguida a la parada de metro de Unamuno. «¿Tienes Barik?». «¿El qué?». «Tranqui, yo te paso la mía, pero tienes que conseguirte una. A ver si tengo yo en casa». Maddi pasa su *txartela* de transporte y le hace un gesto para que pase por la canceladora, y luego la vuelve a pasar y pasa ella. «Yo me cuelo muy bien en el metro, ¿eh?». «Puf, a mí se me ha pasado esa época. Aparte, este metro es un estado policial, hay cámaras por todos lados y te aparece un segurata a la mínima. Pero tú verás. Mejor me gorroneas a mí, ¿no?».

La estación le gusta. Es alta, a dos alturas, con el puente por el que va la gente encima de los carriles y los vagones y con una bóveda de hormigón con cristal y metal que parece la entrada a una planta de alta tecnología o a una huerta hidropónica para alimentar a los habitantes del interior de la tierra en una fantasía futurista, más que la estación que te lleva a Otxarkoaga. O a Kabiezes.

El reloj marca tres minutos del tren a Kabiezes. Llega y nos subimos. Hay mucha gente y les toca ir de pie, junto a la puerta. Es extraño, pero se les hace tensa la cercanía. Agarrarse a la misma barra vertical obliga a estar muy cerca y de frente, que es más cerca. A ratos las miradas coinciden y algunas se sostienen más de lo natural, y entonces miran a otro lado o se ríen un poco y miran para abajo. A ratos los cuerpos se tocan, accidentalmente. Cada una piensa que es ella la que alarga unos segundos esos roces. En la parada de Ansio se quedan dos asientos libres y van a sentarse, al lado de la ventana, una enfrente de la otra.

–¿Y qué vamos a hacer con el Kas?

–Pues tirarlo por encima. Como si fuera una ofrenda a la Pachamama, pero en punk.

–No sé si eso se puede hacer en punk –se ríe–. ¿Has ido alguna vez antes?

–¿Pues te puedes creer que no?

–Pues me hace ilusión que la primera vez vayas conmigo.

–¿Sí? A mí también.

El resto del tiempo miran por la ventana, porque el metro entre Barakaldo y Santurtzi es al aire libre y Sigyn es una recién llegada que tiene todo por descubrir y Maddi pasó toda su infancia haciendo este trayecto, con su madre, en ese viaje a la civilización, el cosmopolitismo y la promesa de aventuras y compras que era «bajar a Bilbao». Y eso le trae recuerdos.

Salimos del metro en Kabiezes, que es un sitio con edificios de viviendas muy altos y una rotonda y un extraño diseño de los caminos, como si la gente hubiera llegado primero, las casas después y el urbanismo al final. Es curioso cómo hablan los lugares de cómo ha sido su historia. También se ven monte, fábricas, casas antiguas, poco orden y mucha vida. Subimos por unas calles con coches en ambos lados y llegamos a un sitio que responde al estereotipo de lo que es un cementerio, pero que no pega nada ahí. Cipreses, panteones, ángeles de piedra, pequeñas capillas, tumbas pretenciosas: el Père Lachaise de Santurtzi. Pasamos entre torres de nichos que dejan claro que lo de que la muerte nos iguala no es cierto en absoluto, porque no parecen sitios en los que quieras pasar la eternidad, ni siquiera muerta. Ella me cuenta que su *aitite* estaba en uno de esos, y que cuando su *amama* murió los pusieron a los dos en el mismo, para ahorrar. Ahora, como ha pasado el tiempo que duraba el contrato, están en una fosa común. Me lo cuenta con tanta naturalidad que no sé si es desapego, que no los conoció mucho, un duelo superado o conciencia de clase. En realidad, no están peor que aquellos cuyos huesos podridos están almacenados en los panteones ostentosos con el nombre «familia tal», como si hubiera familias nobles en Santurtzi, y no gente que necesita dejar claro que es más que los demás en un sitio de piedra y muerte.

Después de los nichos están las tumbas, cavadas en el suelo, con lápidas horizontales y cruces verticales, rodeadas de hierba, como nos imaginamos todo el mundo los cementerios aunque pocos cementerios de verdad sean así. Apoyada en un murito, hay una lápida de mármol negro con la imagen de un hombre joven de chamarra negra, brazos cruzados y mirada de desdén. En mayúsculas, con unas letras que no

son propias de una lápida, «Las calles, nuestro ámbito, nuestro reino. Nadie nos olvida porque aún no hemos muerto. Iosu Expósito»; y en la parte de abajo de la lápida, esa tipografía inventada e inconfundible, como escrita con una brocha robada: «Eskorbuto». No da la sensación de que haya nadie muerto ahí dentro. En la placa blanca que tapa el agujero hay pegatinas, pintadas, dibujos, nombres y frases, y también en las paredes del muro que rodea a la lápida. Como ofrendas, mecheros, latas de cerveza, flores de plástico, botellas vacías, cadenas hechas con chapitas de lata. Nosotras llevamos nuestra propia ofrenda. Maddi saca de la mochila negra la lata de Kas Limón que hemos comprado por el camino y me la ofrece para que la vacíe encima de la tumba. «No, hazlo tú». Ella insiste. Cojo la lata y la vacío ceremoniosamente sobre la hierba, la tabla, la lápida y me agacho para dejar la lata a los pies de Iosu. Me pongo de pie a su lado y nos quedamos un rato en silencio, pretendiendo crear un rito. Unos segundos después nos miramos y estamos emocionadas y todo es un poco extraño porque estamos ante la tumba de un punki que murió de sida en 1992, cuatro años después de que yo naciera.

–¿Sabes que yo estuve en el primer concierto de Eskorbuto? –me suelta ella, como si fuera un comentario irrelevante que se le ha ocurrido de repente.

–¿Qué? –le casi grito yo, flipando con la revelación.

–Sí, en el 81. Tocaron en mi cole. Eran las fiestas y vinieron unos punkis del barrio y dieron un concierto. Nosotras, felices, porque nunca habíamos ido a uno. Tocaban fatal y gritaban más que cantar, según nuestras mentes enanas. Luego supimos que eran Eskorbuto, y mira tú la que liaron.

Me quedo bastante sorprendida de la capacidad de esta mujer para neutralizar la épica. Todos los punkis de las okupas de Berlín en las que he estado se chorrean solo de escuchar «mucha policía, poca

diversión», y esta tía estuvo en su primer concierto y me lo cuenta ahora, en la tumba de Iosu. O igual es una maga de la épica, la cabrona. Mira qué bien ha elegido el momento.

–¿Por qué has tardado tanto en contármelo?

–Estaba esperando la ocasión para que fuera inolvidable.

–Pues qué zorra eres. Lo has conseguido.

Se ríen.

–¿Vamos?

Salen del cementerio y, de camino al metro, Maddi le pregunta si le gusta la tortilla de patatas. Y parece una pregunta demasiado prosaica entre dos personas que han compartido un momento irrepetible. Ella responde que sí y Maddi le dice que van a comer la mejor tortilla de patatas del mundo, y ella cree que exagera, pero resulta que la lleva al Biribil, al lado de la rotonda que hay a la salida del metro. Es un bar pequeño y sin más, pero la tortilla es, desde luego, la mejor que ha probado, aunque le ha dado un poco de susto cuando ha visto lo líquida que está por dentro. Maddi, con la seguridad que solo tiene la gente vasca al pontificar sobre sus costumbres (o las costumbres globales que creen que solo existen en su tierra, o las costumbres que solo existen en su tierra y que creen que son globales), le dice que así es como tiene que ser una tortilla, con la patata bien frita y el huevo poco hecho por dentro. Y se comen esa tortilla increíble y su cuerpo da una voltereta por dentro, porque no se puede creer que la estén alimentando con comida de nuevo, y las dos dejan la caña a medias porque no les entra ya más cerveza. Vuelven al metro y retoman la conversación sobre el plan de hoy, aunque ahora las dos dan por hecho que la respuesta, cualquiera que sea, es común.

Después de haber visitado juntas la tumba de Iosu de Eskorbuto, que es algo que no harán nunca la mayoría de los que están ahora mismo haciendo cola en el Berghain, y con la perspectiva de cinco noches más de farra por delante, se conceden la bula de no salir esa noche.

Van pensativas en el metro porque las dos se han dado cuenta de que no salir significa quedarse en casa, y eso implica pasar muchas horas juntas, en la intimidad, serenas. Y eso las pone nerviosas a las dos. Y las dos intentan que la otra no se dé cuenta.

El metro se va llenando en cada parada de gente que «baja a Bilbao» a ser parte de su semana más grande, cada cual a su manera. Pañuelos azules en el cuello, bolsas con botellón, bolsos cruzados, ropa cómoda, sudaderas y chamarras a la cintura. Por eso la gente vasca se sorprende de lo emperifollada que va la de otros sitios a sus fiestas, porque aquí hay que ir vestida para la ocasión. La ocasión de sentarse en el suelo, de tirarse un poco de *kalimotxo* por encima, de mancharse comiendo un bocadillo de pie, de mear en un baño químico o en plena calle… Lo que es una fiesta, vamos.

Llegan a Bilbao y salen por Unamuno. Vuelven a esquivar a los feligreses de la rubia tetona de cartón y consiguen llegar a casa.

Cierran la puerta, dejan el bolso y se enfrentan a la noche juntas.

Puede que sea nuestro momento más íntimo. Porque ahora estamos aquí por elección y nuestro único plan es estar juntas. Sin birras ni pastillas ni M, ni misiones que cumplir, ni gente con la que encontrarse, ni música que obliga a hablar a gritos. Ella y yo. Nosotras. En casa. Cualquier cosa que hagamos será importante, porque marcará un camino. No sé si tengo resaca química o este es mi nuevo yo, alguien que sobrepiensa todo y que ha perdido la seguridad y la indolencia que tanto me ha costado construir. O fingir. Esta mujer me fascina. Ha llegado, se ha sentado en el sofá, está mirando el móvil, levanta la mirada, me mira y sonríe. Nada le turba, nada le espanta, como a Santa Teresa.

–¿Tienes plataformas?

–No, soy más de leer.

–¿En serio?

–No, joé. Claro que tengo plataformas.

–¿Tienes Filmin?

–¿Por quién me tomas? –me río–. Sí, tengo.

–¿Buscamos algo chulo para ver?

–Venga.

Es la diosa de la naturalidad y la espontaneidad o la mejor invitada del planeta. ¿O será porque es guiri? La miro en el sofá, descalza, sentada sobre sus pies, manejando el mando y actuando como si viviera aquí y me da un golpe de gusto y pánico. Está tranquila porque no le gusto. Está segura porque no está esperando nada. No le incomoda esta situación porque no ve ningún peligro, ningún deseo.

Estoy teniendo estas reflexiones en medio de la sala, mirándola fijamente, así que levanta la vista y se asusta un poco, pero lo justo como para que le dé la risa.

–¿Qué haces?

–*Overthinking*.

–*About what?*

Pongo una cara tonta para desviar la atención y no decirle que estoy pensando en ella y en nosotras y en el pánico al dolor y en el pánico a que ella no lo sienta. Funciona.

–¿Estás preparada para Lynch?

Siempre estoy preparada para Lynch, pero evito usar esta respuesta, que quedaría genial en un libro sobre lesbianas esnobs, y en su lugar digo (mientras pienso «joder, y le gusta Lynch, madre mía, qué mujer»):

–Pues depende. ¿Cuál?

–*¿Corazón Salvaje?*

¿Qué quieres? ¿Que me muera de amor aquí mismo, yo que me compré en los 2000 una chamarra de cuero que fingía ser piel de serpiente para soñar que me destrozaba la vida Laura Dern?

–Me gusta muchísimo. ¿Estamos preparadas para esa película?

–¿Por qué lo dices?

Por el amor, por el dolor.

–Por la resaca.

–Yo creo que no hay mejor situación para ver a Lynch que una resaca de M mientras la gente se droga y baila a nuestro alrededor –la fiesta se oye como si no hubiera paredes.

–Pues tienes razón.

–La vemos en versión original, ¿no?

La miro con mi cara de esnob indignada, con ceja levantada y todo.

–No me insultes.

–¡Yo qué sé! –se ríe–. ¡Igual tú también eres de esas de ver las películas dobladas!

–¿Yo? –pregunto como lesbiana esnob indignada.

–Vale –se ríe–. ¡Perdona!

–Espera. Antes de ponerla, ¿no tienes hambre?

–La verdad es que sí, pero me daba palo decírtelo, para que no pienses que soy un jabalí.

La mira y se ríe porque le parece lo opuesto a un jabalí. Ella también tiene hambre, ahora que los químicos se diluyen y la resaquita de las birras (las decenas de birras) empieza a aflorar.

–¿Te gusta la pizza? –y mientras hace la pregunta, se da cuenta de que están rodando su propia comedia romántica y enseguida le da miedo que en realidad estén rodando *El Pagafantas*, en versión bollera mayor.

–No me insultes.

–¿Ves como eres zorra?

Se ríen las dos porque es todo como tan cotidiano, tan natural y tan extraño que mejor tomárselo a risa.

–Hay un sitio increíble en el que hacen las decimoquintas mejores pizzas de Europa, excluida Italia, pero no hacen reparto.

–¿Cómo?

–Que no reparten.

–No, joé, lo de la decimoquinta pizza, ¿qué es eso?

–Pues parece que hay un concurso de las mejores pizzas de Europa, pero sin contar Italia, claro, porque en Italia en cualquier antro regentado por ratas te dan la mejor pizza del mundo. Y en este sitio, el Demaio, que es de unos chicos italianos, ganaron el decimoquinto puesto. ¿Cómo te quedas? Pero no reparten, hay que ir.

–Creo que no me movería ahora mismo ni para comer la decimocuarta mejor pizza del mundo, la verdad.

–Ya, ni yo. Pero hay un italiano, el Coppola, que hace unas pizzas riquísimas y sí que reparten. ¿Te fías de mí?

–Depende. ¿Sin carne?

–¡Ya te dije que no como carne! Solo pescado, a veces, por no insultar a mi estirpe familiar. Mira, yo siempre pido la Dicaprio –ya, el nombre no mola nada– y la Melanzana. Las dos vegetas y diferentes. ¿Pido?

–Ya pido yo, tía, que estoy de gorrona.

–No digas bobadas, no vas a pagarme todo para siempre.

Mierda.

–Igual sí –y me guiña el ojo.

Me desarma un poco, porque evidentemente no está siendo literal, pero tampoco ha dejado pasar la frase –que hubiera sido lo más fácil–, ni tampoco se ha puesto nerviosa ni la ha malinterpretado. Ha hecho una broma, la cabrona. Ahora estoy más confundida todavía, y este silencio está durando demasiado y tengo que decir algo ya y romperlo, porque, si no, va a notar que me ha perturbado.

–Venga, pido, ¿vale? –sin mirarla.

Ponemos la peli y es extraño estar juntas en el sofá, porque hemos dormido haciendo la cuchara, pero no hemos digerido esa intimidad tanto como para trasladarla fuera de la cama, y ahora no sé cómo ponerme, porque yo hace tiempo que no puedo sentarme encima de los pies, como está ella, pero se me hace raro estar sentada recta, como si estuviera en una sala de espera, porque yo siempre me tumbo en el sofá, porque estoy sola. Estamos lo lejos que nos permite este sofá de tres plazas en el que solo caben dos personas a gusto, como con miedo a tocarnos, y como con miedo a que se note que no queremos tocarnos. Y Laura Dern está más buena y más cochina que nunca y no me había dado cuenta hasta que suena de cuál es la canción de esta banda sonora que ahora salta desde la pantalla y se nos sienta en el sofá de tres plazas, en medio de las dos: *«No, I don't wanna fall in love. No, I don't wanna fall in love… with you»*. En serio, por qué tuve que aprender inglés, por qué hemos elegido esta puta película: *«I never dreamed that I'd meet somebody like you»*. Y por qué tiene que

sonar esta puta canción. «*And I never dreamed that I'd lose somebody like you*». Por qué coño me tengo que acordar ahora del videoclip de esta puta canción, y de cómo me di cuenta de que era imposible que no fuera lesbiana, porque odiaba a ese imbécil de tupé que metía mano a Helena Christensen y solo quería romperle esa nariz respingona y llevármela a ella lejos de esa playa y acariciarle el pelo y las tetas y que me mirara con esos ojos translúcidos mientras se corría en mi mano.

Las pizzas. Te amo, Coppola. Por hacer la saga de películas que mejor destruye la masculinidad, demostrando que los hombres son imbéciles, destructivos, traidores, violentos, mezquinos, materialistas y débiles incluso cuando ponen sus propias reglas, y por traerme estas pizzas que me van a llenar el agujero en el estómago, regalándome, de paso, la ilusión efímera de que me rellenan de mozzarella la desazón que convive con el agujero y no es hambre. Menos mal que no se pueden escuchar los pensamientos, porque vaya cuadro.

Me alegra descubrir que no es de las que no pueden comer mientras ven una peli, porque la pizza está hecha para comer viendo pelis, en mi opinión. Le encantan las dos.

–¿Por qué pides dos pizzas?

Me mira constatando que la pregunta es mucho más complicada de lo que parece.

Me pilla desprevenida.

–¿Qué?

–Has dicho que siempre pides estas dos, y está claro que no son para ti, porque son enormes. ¿Por qué pides dos?

Mira que es fácil decirle que las pido siempre que vienen amigas a casa o cualquier mierda evasiva que cierre la conversación, pero no su curiosidad. Pero en vez de eso, me oigo decir:

–Las pido cuando viene Arrate.

Se queda mirando a la pantalla mientras traga, suelta la pizza, busca el mando y da al *pause*.

–¿Y quién es Arrate?

–Es una tía con la que follo de vez en cuando.

–¿Una amante?

–No sé si me gusta ese nombre.

–¿Una novia?

–No, no, una novia ni de coña. Nos liamos de vez en cuando, pero no hay nada más.

–Hay pizza.

–Bueno, sí, joé, somos bolleras, ¿qué quieres? No vamos a follar y cada una a su casa.

–¿Se queda a dormir?

–A veces.

Se calla y se nota que le sienta mal. Y eso es muy extraño porque no hemos tenido las conversaciones que darían cierto sentido a esta conversación. También se nota que sabe que no tiene derecho a que le siente mal.

–Oye, igual estoy yo aquí cortándote el rollo y podrías estar con tu amante, comiendo pizza y follando, en vez de estar comiendo pizza y cada una en una punta del sofá.

–Tía –la miro.

–¿Qué? –pone cara de indolencia, pero le queda poco creíble.

–Tengo 50 años, paso de los rollos de una noche, odio el Tinder y el Wapa y esas mierdas, y no tengo novia desde ni me acuerdo. ¿Qué hago?

–No sé.

Y la respuesta dura muchísimo más en su cabeza, pero, afortunadamente, no se pueden escuchar los pensamientos, porque no creo que a ella le gustara que escuchara sus inseguridades y a ella no le gustaría escucharme pensar que esta conversación está alimentando uno de mis miedos, uno que no pensaba sentir con ella. No antes.

Resuelven no se sabe muy bien cómo y siguen con la peli. Afortunadamente, Lynch da para olvidar los pantojeos, las amantes, la realidad, la resaca y el inmenso espacio que se ha impuesto entre ellas.

Como si fuera una peli mala que sucede en Brooklyn y cuya protagonista es de provincias (en plan, de Utah o de Ohio o de Wisconsin) pero con un gran talento, un impagable apartamento y un inexplicable gusto para la moda, en medio de todo el jari, retumban los fuegos artificiales. Cada noche de esta semana, a las diez y media, esas explosiones desproporcionadas que fascinan a esta gente estallan durante media hora haciendo que todo lo que no sea contemplarlas o evitarlas sea imposible. Extrañamente oportunos, es imposible no reaccionar, y queda media hora, así que Maddi le propone mirarlos por el Velux que hay en el techo y que da al tejado. Es una propuesta extraña, precisamente por eso rompe con la tensión con la que no han podido Lula y Sailor. Así que las dos se suben a una miniescalera de madera y se acurrucan y sacan la cabeza por la ventana estrecha e inclinada incrustada en el techo, que les deja ver un Bilbao más pueblo que nunca, con tejados de tejas rojas iluminados a ráfagas por la pólvora y el sinsentido. Sigyn piensa en los perros, que estarán aterrorizados. Maddi piensa en que no piensen en Arrate.

Cada noche, los fuegos terminan con una traca que ya es insoportable e incomprensible, así que se meten y cierran la ventana, pero no pueden seguir con la película hasta que termine.

–¿Estás bien?

–Sí, sí, de verdad, que no sé por qué me he puesto tan intensa. Supongo que me he hecho una idea de ti con la poca información que

tengo y he rellenado los huecos con mi imaginación o mis deseos. Evidentemente, no puedo esperar que seas como yo te he inventado.

–Seguro que molo mucho más en tu versión.

Maddi la mira con una cara entre infantil y zalamera y cínica y se ríen un poco, lo justo, y siguen con la peli.

Al terminar, es imposible pensar en dormir, porque tienen *jet lag* farrero, porque a ver quién duerme ahora, con Sailor y Lula y Arrate merodeando y porque irse a la cama ahora arrastraría demasiadas incógnitas.

Así que, deciden ver *El Pico*, porque Bilbao, drogas y cosas sin hablar.

Siempre alarga el momento de meterse a la cama. ¿Qué hará? Es mear, lavarse los dientes y ya, ¿no? Me pregunto si lo aplaza por algo. O si teme este momento, como yo, porque es cruzar un umbral de intimidad, y serenas no es lo mismo.

Se mete a la cama con una camiseta holgada y un pantalón corto. No sé por qué me da que no suele dormir así.

–¿Te puedo preguntar una cosa?

Me mira, fingiendo terror.

–¡Qué me irás a preguntar, si me avisas!

Se gira y me mira fijamente:

–A ver, dígame, ¿qué quiere saber, agente?

Me da igual que se acerque y se burle, le suelto:

–¿Tú sueles dormir con camiseta y pantalón? Cuando no se queda Arrate, quiero decir.

Me río de mi propia osadía, porque esta pregunta es muchas cosas a la vez, y si funciona voy a conseguir muchas cosas a la vez: enterarme de si duerme desnuda, desatascar la peineta que me ha dado con lo de su amante y saber si tenemos el mismo humor.

Abre la boca haciéndose la indignada y la sorprendida y riéndose de mi atrevimiento, y sé que ha funcionado.

–¡Joder con el Mosad! No haces preguntas sin trampa ¿eh? –y sigue riéndose–. Suelo dormir desnuda cuando duermo sola, que es casi siempre. ¿Algo más que quieras saber?

–Pues la verdad es que sí.

–Por supuesto que tienes más preguntas –y pone cara de fastidio fingido.

Es extraño tener esta conversación en la cama, sin haber follado antes. Siempre he pensado que el sexo generaba la burbuja templada y exenta de normas en la que se habla de cosas privadas y profundas con gente con la que luego te saludas de lejos o hablas lo justo en la calle, pero resulta que es la cama. Si lo piensas, tumbarte en un espacio pequeño y taparte con un edredón con alguien es una construcción territorial, como un submundo propio, la cama propia compartida, que diría la Gata Cattana, si siguiera rapeando.

Me está mirando mientras tengo estas divagaciones y se ríe porque cree que estoy intentando ver cómo le hago la pregunta. Y tengo clarísimo cómo hacerle la pregunta. Es muy fácil mi pregunta:

–¿Tienes tatuajes?

Echa una carcajada en la que se mezcla la sorpresa con la gracia que le ha hecho.

–¿Esto te suele funcionar o qué?

–¿Qué? –No la entiendo.

–Es un truco viejísimo para ligar.

–¿Perdona? ¿Estamos ligando?

–No lo sé. ¿Estamos ligando?

Hago como que me lo pienso, porque en realidad llevo ligando desde que la conocí, pero esta mujer es como una fortaleza, una yonqui de la literalidad, una vasca de libro, porque es que yo no he visto una tía más inexpugnable, joder. Me callo, la miro cara a cara, sonrío con intenciones.

–Yo creo que sí estamos ligando.

Sonríe con las mismas intenciones y alarga la espera de su respuesta, mientras amplía la sonrisa hasta que parece una niña malvada de película de miedo, un poco cerda también.

–Yo también creo que estamos ligando, la verdad.

Jugamos a mirarnos sin reírnos, y perdemos las dos.

–Bueno, ¿tienes tatuajes o no?

–No, no tengo tatuajes.

–¿Y eso?

–¿Es obligatorio para ser lesbiana o qué?

–Por supuesto.

–Bueno, pues no tengo. Por culpa de las monjas.

–¿Las monjas?

–Sí, porque fui a un colegio de monjas y, además de sembrar la culpa en lo más profundo de nuestras almas, nos regalaron un montón de traumas, porque el cuento de Dios no es suficiente para sostener el circo, Entonces nos decían cosas como «todos los hombres quieren lo mismo» –y dice eso levantando las manos y con voz aterradora, como una villana de cuento infantil aterrador–, que luego ha resultado que era verdad. O «las niñas buenas duermen con las manos fuera de la cama», y así es como, de tanto meterlas para probar a ver qué les pasaba a las niñas malas, acabé masturbándome prontísimo. O «tu cuerpo es un templo de Dios» –otra vez la voz– y todo lo que le haces, se lo haces a él». Y, claro, pues así, aparte de desarrollar vergüenzas y pánicos, pues yo tengo una movida con el cuerpo, que me da muchísimo rollo intervenirlo de cualquier forma. Me dan pánico las cicatrices, las heridas, los *piercings*, todo.

–Pero ¿porque crees que Dios te está mirando?

–No, joé, pero tengo una cosa como que mi cuerpo es sagrado, que no hay que…

–¿Que tu cuerpo es sagrado? –la interrumpo.

–Joeeeeeeee, no me quieres entender. Me refiero a que me cuesta intervenirlo, cambiar su rumbo natural.

–A ver, tienes que hacerte un tatuaje ya mismo, para quitarte esa jartada que tienes. Terapia de choque.

–Ya, si lo tengo claro. Y he estado a punto varias veces. Pero es que quiero que sea una cosa muy especial, muy trascendente, con mucho significado, que me lo haga alguien muy concreto…

–Mira –la interrumpo otra vez–, te tienes que tatuar cualquier cosa sencilla y un poco *random* en el estudio de tatuajes del barrio. Y así superas esta fase postraumática católica. Es más, voy a ir contigo.

–¿Y me vas a sujetar la mano mientras me pinchan? –pregunta con tonito sarcástico, porque le gusta tanto la idea que se está poniendo nerviosa.

–No, me voy a tatuar contigo.

La pilla de sorpresa y le gusta y la pilla de sorpresa que le guste tanto.

–¿Prometido?

–Prometido no, te voy a obligar, ya verás. Vete pensando qué cosa simple te vas a tatuar y dónde.

Seguimos hablando un rato, pero cada vez más bajo, más lento, cansadas de los días de farra y la tensión sostenida y relajadas por la tensión aflojada. En algún momento, nos ponemos de lado, ella delante y yo pegada a su espalda, con mi mano en su cintura, como dormimos «siempre». Caemos.

Capítulo V: Martes, 21 de agosto

Maddi se despierta y la ve mirando el móvil, a su lado, en la cama.

–Soy traductora.

–¿Perdona?

–Que soy traductora. De eso curro. Traduzco del castellano y el inglés al euskera. Bueno, y al revés, claro.

–Qué guay. ¿Novelas?

–No, libros académicos. De Historia y Sociología, sobre todo. Estudié Filología Inglesa y luego hice un par de másteres. Alguna cosa de Antropología también he traducido.

–¿Y por qué me lo cuentas ahora?

La mira extrañada porque no se esperaba esa pregunta.

–No sé. ¿No querías saberlo?

–Creía que no querías conversaciones irrelevantes.

La mira de reojo y se ríe.

–Eres zorra, ¿eh?

Se hace muy mal la indignada y se ríe.

–Más me vale.

Un silencio breve.

–Me apellido Teufel.

Se gira y sonríe, sobreactuada.

–¿Teufel? No está mal.

–Significa «diablo».

–¿Qué? ¡No puede ser! ¿Diablo? –suelta una carcajada de bruja, como las que suelta cuando algo le hace gracia de verdad–. ¿En serio te apellidas Diabla? ¿Sigyn Diabla? Ahora dime que Sigyn significa «reina del averno» o algo así.

–Bueno, significa «amiga victoriosa».

–Venga ya.

–Te lo juro.

–Es una diosa nórdica, conocida por su lealtad y capacidad de sacrificio.

–Madre mía. Qué de expectativas en tu nombre, ¿no? La amiga victoriosa, leal y sacrificada del diablo. No sé si tenerte miedo o pedirte matrimonio.

–¿Quieres casarte conmigo o qué?

–¿Si me caso en Alemania contigo, me puedo apellidar Diabla?

–Jajaja, no sé si va así. Y no sé si quiero que te quieras casar conmigo por eso.

–¿Y por qué quieres que me quiera casar contigo?

Y ella se pone roja y ella zalamera y hacen como que se pegan un poco y hacen como que se ríen de una tontería, pero se han puesto nerviosas las dos y en ese momento le suena el teléfono.

«¿Sí?

Joder.

¿A qué hora?

¿Y se sabe algo más?

Hostia puta.

Sí, sí, voy.

¿A qué hora nos vemos?

¿En Zirika?

Vale. Lo pongo en el grupo».

Cuelga.

–Joder, qué horror.

–¿Qué ha pasado?

–Pues que ha habido una agresión a una chavala esta noche.

–Mierda. ¿Y se sabe algo?

–Pues poco. Que ha sido una chavala muy joven y que una amiga se lo ha contado a la Comisión de Agresiones. Estamos esperando a ver si ella está de acuerdo para activar el protocolo de agresión.

–¿Y en qué consiste el protocolo?

–Pues tenemos luego asamblea, pero lo que decidimos es que cada noche que hubiera agresión salíamos al día siguiente a hacer una mani nocturna. Como la del viernes, ¿te acuerdas? –el viernes, ese pasado irrealmente lejano en el que no se conocían–. Pero por todo el recinto de las *txosnas*.

–¿Y cómo está la chavala?

–Pues no lo sabemos.

–¿Y va a denunciar?

–Eso tampoco se sabe. Pero a nosotras lo que nos importa es que nos dé permiso para activar el protocolo, lo que haga con la Policía nos da igual.

Maddi se levanta con el teléfono en la mano y se pasa un rato mandando audios, mensajes, haciendo llamadas, mientras anda por la casa. Sigyn no sabe qué nivel de implicación tiene ella en el colectivo que organiza las manis y responde a las agresiones. Cuando la vio por primera vez, con su casco de Atenea y su performatividad punk, entre antorchas y tambores, le llamó la atención, pero no se dio cuenta de si era de las de la organización. Nunca le han gustado las que se nota que son de la organización, esas que van de un lado para otro, con actitud de imprescindibles, siempre con el megáfono o un rollo de cinta, o la pancarta, o la voz de mando en la mano. Ella ha aprendido hace poco que no todo el mundo que está en movimientos sociales piensa antes en la causa que en sí misma, y que no todo el mundo que está en movimientos sociales es majo. Hay mucho ego, y gente de mierda, y personas sin amigas o en busca de capital social. O sexual, que es lo mismo. Como en todas partes, vamos.

Hace café.

Maddi termina de mandar mensajes y se sienta en la mesa con ella, a tomar el café.

–¿Todo bien?

–Bueno, parece que vamos a activar el protocolo.

–¿Así que ella ha dado permiso?

–No quiere que se sepa quién es, pero sí, quiere que hagamos pública la agresión.

–¿Y va a denunciar?

–Parece que no. Estaba muy borracha y se enrolló con el tío en las *txosnas*, delante de todo el mundo, así que no cree que la vayan a creer.

–Puf. Qué horror. Pero hace bien.

–Oye, yo me voy a ir, que tengo asamblea, y antes tengo que hacer algunas compras para lo que vamos a hacer luego. ¿Te quedas bien aquí? No serán más de un par de horas.

Me dice que se queda, sin problema, siempre que a mí no me importe, claro. No sabe lo que me cuesta romper esta fusión extraña que se me hace tan normal y separarme de ella un rato, como si tuviera una vida al margen de bailar a su lado, dormir a su lado, fingir que esto va a durar siempre. Le doy unas llaves.

Quedamos en que la llamo cuando terminemos y le cuento cuál es el plan. No me gusta tener planes más allá de ella. Madre mía, cómo tengo la cabeza, ¿no? Me dan miedo esos pensamientos, que son el preludio de todos los otros miedos, como el aura de las migrañas, que avisa de que tomes algo para el dolor de cabeza, antes de que se vuelva insoportable. Por eso he decidido no enamorarme, porque no me gusto. Porque me vuelvo vulnerable y llorica y dependiente y débil y fácil de engañar y necesitada y pesada y boba. Ya he dicho muchas veces «esta vez no». Ya he dicho demasiadas veces «esta vez sí». No aprendo. La única forma de no hacer el imbécil y el ridículo y otra herida nueva es no abrir esta puerta. No puedo fiarme de mi criterio, ni de mi intuición, ni de mis tripas, porque me han tirado por el terraplén del basurero de las historias caducadas demasiadas veces. La mayoría, sin épica siquiera. No doy ni para bollodramas. Historias de mierda, finales de mierda, heridas infectadas. Me prometí no caerme ahí otra vez.

En esto, llego a la asamblea. Caras resacosas y sandalias con barro, pero una observadora no experta no se daría cuenta de que la mayoría de estas tías salieron anoche. Operativas, concretas, respetuosas, eficientes, dispuestas a currar y sin soliloquios, condescendencias, lecciones teóricas ni solos de guitarra eléctrica. Por eso amo este grupo, porque no se parece en nada a lo que ha sido toda la vida (toda mi vida) la militancia. En estas reuniones, ni se fuma, ni se bebe, ni se interrumpe, ni se vuelve sobre decisiones ya tomadas, ni se grita. Un mundo nuevo, ¿sabes? A ver si nosotras, sí; esta vez, sí; así, sí; esta revolución, sí. ¿Te imaginas?

Mientras desbarro en mis «a ver si esta vez, sí» –el *leitmotiv* de mi vida, oye–, todo se organiza y llego a conectarme justo a tiempo de pillar lo que vamos a hacer. A las 00:00 h, desde el puente del Arenal, por todo el recinto de fiestas y vuelta al Arriaga. Encapuchadas y de negro. Sin antorchas, porque no es seguro. Me apunto a la columna de seguridad y pregunto si se puede llevar a alguna compañera. Tiene que ser alguien de mucha confianza y que no se vaya a asustar. «La tengo», pienso. Repartimos tareas y quedamos en encontrarnos media hora antes para organizar a todas las que vengan.

Vuelvo a casa y está haciendo pasta.

–¿Cómo ha ido? –pregunta, sin mirarme, porque está justo vaciando el agua hervida en el fregadero. Como sé que ahora no puede mirar, alargo unos segundos quedarme callada, mirándola desde el umbral de la puerta.

–¡Oye! ¿Que qué tal la asamblea?

–Bien, muy bien. Hay mani a la noche.

–Vale. ¿Hay que hacer algo?

–No, tranqui. Buscar algo negro con lo que encapucharnos. Te he apuntado a la columna de seguridad. ¿Te parece bien?

–Imagino. ¿Qué supone?

–Pues ir delante o a los lados, abriendo paso entre la gente, asegurando el espacio y protegiendo a las compañeras.

–¿Tú también vas a estar?

–Claro. Vamos juntas.

–Entonces sí.

Y se pone a repartir la pasta en dos platos y a echarle las verduras que ha hecho por encima. Me acerca los platos llenos y me dice:

–Llévalo a la mesa, porfa.

Y me quedo mirando los platos, preguntándome de dónde ha sacado el calabacín, los tomates, los piñones, el queso.

–He bajado a comprar –dice, como si me hubiera oído.

Nos sentamos a comer y le cuento cosas de la asamblea y de cómo pensamos hacer lo de la noche y de lo poco más que sabemos de la chavala agredida. La comida está riquísima. Mientras llevo los platos a la fregadera, ella se tira en el sofá y yo me acerco a sentarme y ella me deja sitio para que quepamos las dos, aunque haya que hacer un puzle. Ponemos capítulos viejos de *The L Word* para no tener que pensar mucho qué ver y ella se queda dormida enseguida. Yo no paro de darle vueltas al vertedero emocional que es mi vida amorosa. Y ahora lo que más miedo me da es estar tomando tantas precauciones para una migraña que solo está en mi cabeza. Eso es lo último que pienso antes de quedarme dormida.

Hay que estar serenas y centradas para la mani, así que salimos a la calle con el tiempo justo de cenar un bocata y subir hasta Algara, la única *txosna* al otro lado del puente del Arenal y donde hemos quedado para organizar y comenzar la mani. Llegamos antes de los fuegos y pasamos allí la matraca de cada noche. *Pim pam pum fuego*. Enseguida empiezan a aparecer compañeras del grupo y tías que tienen pinta de venir a lo nuestro. Cuando pasa la marea humana que ha venido a ver los fuegos, vamos ocupando poco a poco el espacio central de la carretera del puente, cortada al tráfico toda la semana, pero siempre llena de gente. Decidimos empezar a encapucharnos y que así todas las que vienen a unirse se vayan colocando detrás y vayamos tomando forma. Nosotras vamos a ir delante, en el pico que abre paso a la mani. Hay que estar muy convencida y tener fuerza, así que vamos tensas, pero lo tenemos claro. Según llega más gente, las compañeras del megáfono dan las instrucciones: las encapuchadas, delante, siempre dentro de la columna de seguridad. Las de negro, pero sin encapuchar, detrás de ellas. Las que no van de negro, detrás, y «el resto», al final. No a todo el mundo le gusta que le llamen «el resto» y le manden a la cola, así que algunos se van. Hay quien protesta por las «jerarquías», pero no vamos a debatir. Salimos.

La mani es en silencio. Hemos pactado con las *konparsas* que apaguen la música cuando pasemos por delante de su *txosna*, pero sabemos que no todas lo van a hacer. También sabemos que no todo el mundo se va a apartar y que vamos a tener que abrirnos paso a la fuerza, puede que a hostias. Pues ahí vamos.

Empezamos a bajar por el puente y la gente se aparta a nuestro paso. Somos muchas. Muchísimas más de las que esperaba. Puede que suficientes, fíjate. Al final del puente giramos a la derecha y nos dirigimos a las *txosnas* de detrás del Arriaga. Entramos entre la gente y se apaga la música. Los que entienden quiénes somos y qué estamos haciendo se apartan y agarran a los que no se enteran o titubean para

que se aparten. Vamos rápido, nos dejan pasar. Seguimos andando y avanzamos sin problemas, hasta que llegamos a la primera *txosna* que no quita la música. A la gente le cuesta más reparar en nosotras y entender qué queremos, así que algunos siguen bailando, otros nos hacen burla y otros flipan un poco. Normal, unas 200 tías encapuchadas y vestidas de negro, mirándote para que te apartes, te bajan la pastilla o el *kalimotxo* de golpe. No paramos. Nosotras hacemos lo que nos toca y vamos empujando a los que no se apartan. Y las de la columna lateral recogen sus reclamaciones con amables empujones. Seguimos. En algunas zonas del recinto festivo el espacio es muy estrecho y hay algunos forcejeos con quienes no han entendido de quién es el espacio ahora. Te apagamos la música unos minutos y te apartas para que pasemos, o la tenemos. Tú eliges. Pero no es verdad. Elegimos nosotras. Uno nos lanza lo que lleva en el *katxi* y las del cordón lateral le consiguen agarrar del jersey. Tres se salen de la columna y se lanzan a por él a hostias, hasta que se le pierde de vista. Seguimos. Empujamos a muchos esa noche. Algunos se caen. Y no damos ninguna explicación ni pedimos perdón. Llegamos a Mamiki y leemos un manifiesto sobre la agresión de la noche anterior y lo hartas que estamos y nuestra intención de pasar a la acción, empezando por dejar de tener miedo. Y nos disolvemos. En realidad, lo que hacemos la mayoría es quitarnos las capuchas, meterlas en la mochila y seguir con la noche.

Me quito la capucha y la miro, esperando que me cuente cómo se ha sentido. De repente, me da miedo que me diga que no le gustan esas formas, que le parecen reproducir la lógica patriarcal, que nos estamos poniendo a la misma altura que ellos. Se toma su tiempo en guardar la capucha, ponerse bien el pelo y evitarme la mirada con gesto reflexivo. Por fin, me mira y dice muy bajito, conteniéndose muchísimo: «Buah, cómo la he gozado». Capta mi sorpresa, pero también mi alivio, y sigue: «A ver, que ya sé que no lo hacemos para disfrutar, pero es que

me he sentido poderosa, temible, casi invencible, joder. Y me ha gustado mucho más de lo que imaginaba. ¿Has visto sus caras? ¡No daban crédito! Cómo me gusta verles con esa cara de susto, coño». La verdad es que yo siento algo parecido. Todas juntas, todas pareciendo la misma, protegidas por el número, pero también por la rabia que compartimos, yo también me siento invencible. Qué pena que sea un rato.

Con todo el subidón nos sacamos unos *katxis* y volvemos a encontrarnos con la chica que nos invitó a M el sábado. Le damos unas chupaditas y la invitamos a unas birras, al menos, por asegurarnos de que es real y no un invento de nuestras imaginaciones drogacuriosas. Es tan real que se queda un rato con nosotras, y bailamos y bebemos y damos muchas chupaditas a la bolsa. Hasta que se pierde entre las bolleras que bailan eufóricas celebrando que hemos hecho un *teaser* de cómo sería el mundo si tuviéramos nosotras el mango. ¿O era el mando?

Contentas y heroicas –y puestas de M– vamos dando tumbos alegremente por las *txosnas* y pasamos horas bailando en Kranba, porque hay alguien pinchando vinilos de salsa vieja que nos tiene desconectadas de todo lo que no sea sonreír por nada y mover los brazos y las piernas en lo que en nuestras mentes conectadas es el mejor baile que nadie haya bailado nunca. Vete a saber cuánto tiempo después se pone a llover, y nosotras seguimos bailando. Enseguida llueve a cántaros. No es que estemos muy receptivas a los estímulos externos, pero nos estamos calando y empezamos a darnos cuenta, así que nos metemos en una carpa donde hay gente bailando, nos da igual qué. Caladas y sin salsa. Ella se me pone enfrente, me mira seria y me dice:

–¿Qué pasa? ¿Que no te gusto?

Yo me quedo clavada, intentando registrar esa pregunta y tratando de construir una respuesta que se parezca a la que daría si no estuviera colocada, pero tampoco aterrada. En este intento, me oigo a mí misma decir:

–¿Pero cómo no me vas a gustar? –que puede que sea la respuesta más vasca que pueda dar una persona a la que le gusta tanto alguien como me gusta ella a mí.

Se me queda mirando sin entender cómo mi respuesta se ha convertido en una pregunta, con el agua chorreándole por el pelo, como si hubiéramos vuelto a la comedia romántica de chica de Utah en Brooklyn, y hace un esfuerzo que las diosas del Olimpo le agradecerán por tratar de comunicarse con una cenutria con emociones estancadas y pánico a la vida, y retoma la pregunta.

–Entonces, ¿te gusto?

–Claro que me gustas –expresa por fin mi alma mortecina con la poca batería sentimental que le queda.

Nos quedamos mirando y nos damos un muerdo impresionante, largo y electrocutante.

–¿Nos vamos a casa?

Nos agarramos de la mano y corremos hasta entrar por la calle Correo, y nos vamos cubriendo con los balcones hasta doblar la esquina que da a mi calle. En el ascensor, nos volvemos a besar, ahora con mucha más calma porque nos jugamos menos. Entramos en casa y nos secamos el pelo y el cuerpo con una toalla, porque estamos empapadas. Nos ponemos bragas y camisetas secas y nos metemos en la cama.

–Preferiría que no nos enrolláramos colocadas la primera vez. ¿Te parece?

–Me parece genial.

Me abraza por detrás: «Hasta mañana». Y fingimos dormir, que es lo que hay que hacer para dormirse de verdad.

Capítulo VI: Miércoles, 22 de agosto de 2018

A las dos de la tarde suena la alarma.

Tienen cita para tatuarse.

–Bueno, ¿ya sabes qué te vas a tatuar?

–¿No puedes decidirlo tú por mí?

–Jajaja, no. Tiene que ser intrascendente, pero que signifique algo para ti. No puedes pasar de no ser capaz de tatuarte porque no alcanzas la máxima épica a hacerte cualquier mierda. Tiene que ser importante pero carnal.

Maddi la mira haciéndole burla:

–Mimimimi, ¿qué eres, experta en tatuajes ahora o qué?

–A ver, soy *millennial*. Tú sabes mucho de Eskorbuto y yo de tatuajes y falta de épica.

Se ríen. Ella ha ganado.

–¿Tú qué te vas a tatuar?

–Yo «*Fight the real enemy*».

–¿Seguro que eres *millennial*? Porque tenías cuatro años cuando Sinead O'Connor dijo eso en la tele y rompió la foto del papa. Es por eso, ¿no?

–Claro que es por eso. ¿Y tú por qué te acuerdas del año exacto?

–Pues porque tenía 24. Y porque era una época en la que si algo era la noticia del día lo era en todo el mundo. Y esto fue, por lo menos, la noticia de la semana. Yo me rapé el pelo por ella –de repente, esta confesión le da vergüenza.

–¿En serio? Qué mona. Estarías guapísima. ¿Tienes fotos?

–No, no te voy a enseñar fotos de entonces.

–¡Vengaaa!

–Venga no. Venga a pensar lo que me tatúo –se queda un rato mirando el móvil, concentradísima–. ¿Qué te parece un triángulo negro?

–Bueno, suena bien. ¿Y por qué un triángulo negro?

–Pues porque era el símbolo que usaban los nazis para marcar a las lesbianas, las putas y las feministas.

–Bueno, era un poco más amplio, ¿eh? Era también para las personas que se consideraban «fuera de la comunidad». Neurodivergentes, con discapacidad, sin techo, mendigas y alcohólicas, por ejemplo. Y para la gente vaga. *Gemeinschaftsfremde* y *Arbeitsscheu* se les llamaba.

Ella la mira un poco estupefacta.

–Sabes mucho de nazis, ¿no?

–Por lo que sea –se ríe. Pero deja ahí el misterio, flotando.

–Bueno, ¿pero estamos de acuerdo en que ahora es un símbolo que representa a las lesbianas?

–Estamos de acuerdo.

–Te parece bien que me tatúe lo del «guemainsachfrende» y «abaishoy»?

–Me parece estupendo.

–Vale, pues me tatúo eso.

–Ahora tienes que pensar tamaño y dónde. Y buscar una imagen de cómo lo quieres exactamente.

–Puf, son muchas decisiones, ¿no?

–Bueno, así vas cogiendo práctica –y pone cara de haberle lanzado una indirecta.

Y ella se la queda mirando de reojo en silencio, con cara de pensar que le ha lanzado una indirecta.

Salimos de casa y en dos minutos estamos en el salón de tatuaje. Estamos exactamente a 30 metros del bar en el que nos conocimos.

–¿Todo está cerca en esta ciudad o es que te mueves en un radio diminuto?

–¿Tienes siempre preguntitas que son opiniones o me lo parece? –Se ríe.

Maddi reconoce que la ciudad no es grande, pero que el espacio en el que se mueve es pequeño porque le gusta vivir en una burbuja. Parece que a más grande la burbuja, más frágiles y permeables sus paredes. Por eso las fortalezas son pequeñas y sin vistas, supongo. Me la imagino asomada al muro de un castillo gris, muy alto y sin ventanas, mirando al horizonte con cara de preparada para combatir a cualquier enemigo, con una capa negra y el pelo al viento. Mientras tanto, ella mira el escaparate del estudio de *tattoos* y me mira con cara de niña pequeña que está a punto de hacer una travesura con la que lleva tiempo soñando. Entramos. Hay una chica rubia con tatuajes *old school* que nos atiende majísima y nos explica que ella va a tatuar a una y su compañero, a la otra. Maddi hace un chiste sobre que el local se llame Bloody Bones y yo le hago otro sobre la guinda que sería para

su pérdida de virginidad que se lo hiciera un tío. Ella me mira aterrorizada en broma y decidimos que así sea. No me he atrevido a preguntárselo, pero sospecho que nunca ha follado con un tío. El de la tienda de *tattoos* parece majo, y juraría que no es consciente de que está a punto de desflorar a una lesbiana con piel inmaculada.

Ella se pone nerviosa y hace chistes como cuando está nerviosa. El sarcasmo le aligera la tensión, supongo que porque te lanza un poco de ella y así la reparte. Me pregunta muchas veces si me parece bien el sitio elegido y tiene muchas dudas sobre si el triángulo tiene que estar invertido cuando tiene al brazo hacia abajo –porque finalmente ha decidido hacérselo en la parte exterior de la muñeca– o cuando dobla el brazo y lo levanta. Abrimos el debate. Al final, se lo hace para enseñarlo cuando dobla el brazo. Seguro que hay alguna teoría que te psicoanaliza según te hagas los tatuajes para verlos tú o para que los vea el resto. Desde luego, la gente se los hace todos de una forma o de la otra. Seguro que esto dice más de alguien que la hora en que nació, y que me perdonen todas las lesbianas astrólogas (o sea, todas las lesbianas) del mundo.

Se queja un poco y se ríe mucho y pregunta un montón de cosas, como si no pudiera hacer algo nuevo sin aprender. Se sorprende de lo poco que duele y de lo rápido que se hace y de que casi no sangra. Se sorprende de todo, en realidad. Me imagino haciendo muchas cosas nuevas con ella.

Hace un *selfie* de ella con su tatuaje y de mí mientras me tatúan y se lo manda a sus amigas, y me pregunto qué le dirán ellas de la rubia con la que sale en la foto y de que no hayan quedado desde el día en que yo conocí a Marijaia. Pero a ella no se lo pregunto.

Me siento de una nueva tribu urbana con mi pequeño triángulo de tinta y piel irritada. Siempre me pasa igual cuando cruzo un umbral, que me creo la descubridora de ese nuevo espacio, por mucha gente

que haya ya en él. El pasado colonial, supongo. También me siento ridícula porque, después de 50 años, me he tatuado por una tía alemana 20 años más joven a la que conozco desde hace menos de una semana y con la que no he follado. Me muero del miedo.

Me mira sonriendo de una forma que me parece imposible fingir mientras le tatúan la frase que me hubiera gustado que se me ocurriera a mí. Lo pensé cuando lo dijo. Pero no podía ser tan ridícula de tatuarme lo mismo que ella. Ya estoy pensando en cómo contar mi primer tatuaje cuando llegue la resaca. La de nosotras. Pero me vuelve a mirar y me hace «ven» con la mano y me acerco y no quería nada, solo que estuviera cerca. Y me agarra de la mano y me dice que al final no me ha agarrado de la mano mientras me tatuaban a mí, y yo le digo que la promesa era tatuarse conmigo, no darme la mano, y ella me mira como diciendo «tú eres tonta, de verdad, anda, dame la mano», y yo me siento como un niño tonto que no sabe querer.

A la tatuadora y al tatuador les parecemos adorables y a mí me da miedo que les demos ternura por pareja imposible, pero no en el buen sentido, como Harold y Maude, sino en el de Risto Mejide y Laura Escanes. Me siento fugazmente vieja otra vez. Ella parece completamente ajena a mi pensamiento.

Terminamos de tatuarnos y nos hacen rebaja y creo que es por lo monas que somos con nuestra historia intergeneracional homosexual internacional. Ahora me da miedo que seamos un cliché. Y no sé si soy el cli o el ché.

–¿Qué hacemos?

–Pues esta noche tenemos brigada, así que no deberíamos liarnos.

Me refiero a liarnos de beber y drogarnos, pero de repente me asustan los significados y las polisemias y me siento insegura y me parece que

nos une algo más que antes, pero también me asusta asignarles significados nuevos a todos los actos y a todas las palabras.

Ella me da mil vueltas y pregunta: «¿No te mueres de hambre? No hemos comido desde hace un siglo. Vamos a comer algo, ¿no?». Yo digo que sí y la sigo porque alimentar las necesidades básicas me distrae de los profundos terrores de mi alma acartonada.

Comemos huevos con patatas y pimientos verdes en un sitio lleno de guiris que antes me gustaba, pero que ha sucumbido a la invasión. Me río de que se parecen a ella, ella finge enfadarse, juramos no volver nunca y vamos a casa a coger un jersey o no sé qué.

Ya en casa, Maddi está abriendo mecánicamente una carta del banco que ha visto en el buzón y Sigyn se acerca a ella por detrás y le pone muy despacio las manos en la cintura. Ella se queda quieta, tensa. Sigyn se acerca más, hasta que su respiración tiempla el cuello de Maddi. Ella retrocede a cámara lenta y sus cuerpos se acercan tanto por primera vez. Maddi le agarra las manos y las enrosca más en su cintura, hasta que están pegadas. Sigyn le besa el cuello, muy suave, y nota como ella empieza a respirar muy fuerte. Entonces se lo lame suave y cerda. Ella echa la cabeza para atrás y estira el cuello para que su lengua tenga más camino. Se restriegan y las manos de Sigyn suben hasta las tetas de Maddi, que se gira y se besan con hambre y sin miedo. Paran a mirarse. Se ríen un poco, nerviosas y asustadas de romper el preludio. Siguen besándose. Se quitan las camisetas una a otra, casi a tirones, mientras se enroscan las lenguas y empiezan a respirar cada vez más fuerte, a restregarse, a moverse al ritmo, a abrir más la boca para poder respirar mientras se siguen besando. Se agarran de la mano y andan hasta la cama. Se besan de pie y se desnudan conteniendo mal la impaciencia. Siempre rompe un poco la magia lo del calzado. Se tumban y ella se pone encima. Baja por el cuello y besa y lame y muerde y llega a las tetas y lame y muerde y chupa y besa y levanta la mirada y se miran y se ríen, porque pocas cosas son mejores que el deseo desaplazado a tiempo. Y baja por la tripa y la muerde, y ella se queja un poco, pero es cuento, y ella se levanta hasta su boca otra vez y se besan y se enroscan las lenguas fuera de la boca, como cuando estás muy cachonda. Y ella le mete dos dedos en la boca, despacio, con cuidado, y ella los lame y los chupa como una cerda, y ella baja la mano, aparta un poco la braga y le toca el coño con los dedos, suave, buscando, abriendo, apretando. Frota y

ella gime, arquea la espalda y ella se aparta un poco, se incorpora y empuja los dedos hasta que los dos están dentro de su coño. Y empieza a empujar y ella se arquea cada vez más y gime cada vez más y le dice que sí, que siga, que un poco más suave, que espera espera, sí sí, que siga por favor, y ella sigue empujando, cada vez más rápido, y se le cansa el brazo, pero no le importa, no piensa parar. Y ella se corre, o eso parece, porque se arquea muchísimo, y para de gemir y pasa a un gruñido sostenido, ella sigue, pero le para la mano y se va relajando poco a poco y se tumba y abre los ojos y le dice ven y ella se acerca y se besan, ahora un poco más tierno. Hasta que ella la aparta y la guía para que se tumbe y le quita la braga casi de un gesto y se arrodilla entre sus piernas y se agacha y le echa el aliento caliente, casi sólido, en el coño. Y la mira mientras se tumba boca abajo, con la boca en su coño, y empieza a lamer, a chupar, a besar a empujar a inhalar y exhalar. Y mete los dedos por debajo de su barbilla y empieza a empujar sin dejar de lamer y ella levanta el culo y se pone tensa y mantiene el cuerpo así mientras ella sigue, hasta que le moja la boca.

Y se pasan así mucho rato, lamiéndose, mordiéndose, corriéndose, riéndose, acariciándose, hasta que se duermen, desnudas y enroscadas.

Salgo de la ducha y se prepara para entrar ella. Todavía no tenemos esa intimidad en la que estamos tranquilas desnudas juntas en un espacio pequeño, a pesar de lo que ha pasado hace un par de horas. No quiero que me pille mirándola y noto que ella evita mirarme descaradamente. Pero se pone detrás, y nuestras miradas se cruzan en el espejo y nos quedamos ahí unos segundos. Y me giro y le pongo los brazos alrededor del cuello y en ese gesto la toalla se me cae y nos besamos desnudas con besos tiernos y cochinos y torcemos los cuellos y nos pegamos y nos restregamos y nos manoseamos. Y parece que vamos a volver a empezar, pero vamos tarde. Y no queremos llegar tarde. Me voy a vestir y la dejo duchándose. Y hago café, porque tenemos noche y hay que estar frescas. Y porque me encanta su cafetera italiana.

La quedada para la brigada es después de los fuegos en Mamiki, la *txosna* feminista. Ahí vamos. Tengo mis dudas, porque no he ido a las reuniones, no conozco a nadie y ni siquiera soy de la ciudad –llegué el viernes, ¡qué fuerte! Ahora me parece mentira. Siento que llevo años aquí–. Pero ella lo tiene clarísimo. Después de preguntarme muchas veces si me apetece y de explicarme que no me sienta obligada y que es mucho más que un acto feminista, que no es una mani, que es acción directa, que estamos hablando de parar agresiones y de usar la violencia si hace falta, y que es una responsabilidad y que puede tener implicaciones –tantas veces que a ratos creo que me está disuadiendo–, la he convencido de que estoy convencida y de que sé a qué me enfrento. En realidad, me preocupa más que la gente piense quién es esta y que no me reciban bien o incluso que no me dejen participar.

Pero ella va segura y cuando llegamos a Mamiki toca el timbre que da al reservado sin el menor titubeo. Los segundos que tardan en abrirnos los aprovecha para mirarme, tocarme con suavidad la cintura y preguntarme: «¿Estás bien?». Y yo estoy nerviosa, pero no se lo digo. No le digo nada, de hecho. «Tú no te separes de mí», me dice. Es ridículo, pero me da una seguridad infinita esa orden. Nos abren. Entramos.

Las demás ya han llegado, y están poniéndose pañuelos en la cabeza. No sabía nada de pañuelos. Ella llama la atención de las demás y me presenta: «Chicas, esta es Sigyn. Va a estar con nosotras en la brigada. Es de confianza. Ya le he explicado todo». Todas me miran y me escrutan un poco, aunque no noto hostilidad. Algunas se acercan y me dicen su nombre y me dan dos besos. Otras me dicen su nombre y me dicen «aupa», que entiendo que es como darme dos besos en estas circunstancias. Ella me explica que «hemos» decidido ponernos unos pañuelos en la cabeza. Son mitad morados mitad negros y los ha hecho una compañera con unas pintas de punki que no me pega nada que se haya puesto a coser ni que lleve pañuelos en la cabeza. Son un homenaje a unas anarquistas del golpe militar fascista conocido como «Guerra Civil», me cuentan. Yo me lo pongo, pero no me convence la idea, aunque me gusta menos empezar a poner pegas a estas alturas. Somos seis y nos dividimos en tres grupos, yo con ella. Quedamos en encontrarnos cada dos horas y en escribirnos si pasa algo grave. A las seis de la mañana nos vamos a juntar en el Arriaga para hacer la ronda por el Casco y alrededores, porque es un momento de riesgo. Ella hace un gesto para que todas nos acerquemos, mira alrededor para comprobar que no nos están escuchando y dice: «Recordad, no os pongáis en peligro si no lo veis muy claro. Si necesitáis ayuda, id a la barra de la *txosna* más cercana y decid que sois de la brigada antiagresiones, que os ayuden. Y recordad que la clave es usar la violencia solo si es necesario. Y no empezar nosotras». Se cruza la

mirada con dos de las compañeras y leo en sus ojos que está diciendo lo que tiene que decir, pero que no se lo cree. Me mira a mí también y yo voy con todo, ella lo sabe. Nos abrazamos como si fuéramos a una misión peligrosa y salimos de la *txosna*, cada grupo en una dirección.

Ella se acerca a mi oreja y me susurra: «Ya sé que odias el pañuelo, pero tenemos que llevarlo para ser reconocibles. No somos unas pardillas aisladas, estamos organizadas y somos peligrosas. Eso significa el pañuelo». Me giro y la miro y me parece un poco otra. En este contexto es más seria, más firme, más segura, más mandona. Me gusta verla así. Me gusta que solo sea una parte de ella.

Van andando por las *txosnas*, mirando a todos lados. Es una situación extraña estar en ese ambiente y no estar bebiendo, ni bailando, ni haciendo cola para mear, ni esperando a pedir bebida, ni esperando a que te pasen el *katxi*. Todo les parece un poco extraño, cuando las demás noches sentían que no hay otra forma de vivir. Es curioso lo que hacen la multitud, la música y los psicoactivos. Y es curioso lo que hace la perspectiva con respecto a la multitud bajo los efectos de la música y los psicoactivos. Ahora todo les parece medio absurdo. Primero van alertas, pero un poco sin saber qué están buscando. Maddi le dice que parecen las viejas sujetavelas que persiguen a Apollonia y Michael Corleone en *El Padrino*, pero Sigyn no ha visto tantas veces esa película y no la acompaña en esa figura. Ven cosas, pero no tienen claro si intervenir porque las indicaciones no son tan claras como parece. Responder si ven alguna agresión, pero ¿qué es una agresión? A ellas les resulta agresivo cómo hablan, cómo se mueven, cómo bailan, cómo ocupan el espacio, pero es una percepción propia, que no es compartida por todas. Hace tiempo que han dejado de intentar convencer, pero tampoco pueden hacer lo que les dé la gana en nombre de todas. Lo que tiene lo colectivo, ¿eh? Mientras

piensan esas cosas, pasa una chavala jovencísima en sujetador. Ella sola, pantalón negro, Martens, mitad de la cabeza rapada, ojos muy marcados en negro, pendientes de aro de plata, *piercing* en la nariz, sujetador de encaje negro y toda la actitud. Un grupo de chavales más jóvenes –todavía– que ella disuelven su conversación y se giran a su paso: «¡Guapa!, ¿dónde vas? ¡*Aupa* ahí!», y otra serie de aullidos de manada imberbe, aprendices de hombre vasco de toda la vida. Ella se acerca y les grita, como una madre grita a los hijos que no han recogido los platos de la cena después de zampársela en silencio, respondiendo a sus preguntas con monosílabos y mirando el móvil-: «¡Eh! ¿A vosotros qué coño os pasa? ¿No podéis dejar a la chavala en paz?». Estupefactos, la miran pensado quién es la señora esa del pañuelo. «¿Vosotros os creéis que es fácil ir por la calle siendo una tía y vestida como te dé la gana? ¿No podéis dejar a la chavala tranquila y que se sienta libre de ir como le apetece?». Seguramente, las madres de esos chavales sean más jóvenes que ella y todavía les hagan la cena y les den la paga, así que ellos no encuentran referencias de defensa ante semejante bronca. Pero no se callan. «Pero si yo no he dicho nada», dice uno. Sorprendida ante esta reacción, ella –que dejó de dar clases de Inglés porque sentía que estaba usando su poder de una manera despótica sobre adolescentes que solo pretendían aprobar el Proficiency– siente un pequeño escalofrío de ternura por esos chavales a los que estaba dispuesta a tirar a la ría. Mientras se recupera y los mira extrañada, uno de ellos les dice a los demás: «Pues tiene razón, chaval». Y todos ponen cara de arrepentimiento y otro le dice: «Perdona, ¿eh? No lo habíamos pensado». Y ella no da crédito y se escucha decir: «A mí no tenéis que pedirme perdón. Pedídselo a ella». Y Sigyn y ellos miran en la dirección en la que se ha ido la chica, pero ella ya se ha diluido entre la gente y ya nadie puede pedirle perdón. Los deja ahí y se marcha, porque la cosa ha sido extraña, y no sabe si está contenta o se siente ridícula.

Sigyn la está mirando a unos metros, riéndose un poco. «¡No te burles!». «¡No me burlo! Me ha gustado». Se ríen las dos, porque saben que sí se está burlando un poco.

Que no se pueda beber durante la brigada no significa que no puedan tomarse una caña, consideran ellas, así que se acercan a Kaskagorri y piden dos. Están en ello, disfrutando de la idea de beber por placer y no por buscar el placer en estar un poco pedo, cuando aparece una chavala aterrada corriendo que viene directamente hacia ellas. *«Lagundu, mesedez!»*, grita asustadísima. Se acerca a Maddi y le explica en euskera que hay un tío que está loco o borracho, siguiéndolas a ella y a sus amigas, amenazándolas con una botella rota. Mientras se lo está contando, se ve jaleo entre la gente, que se aparta al paso de un pavo con pinta de muy perjudicado, con una camiseta blanca desgarrada y ensangrentada, con una botella de Absolut rota en una mano y una madera con un clavo bastante grande en la otra. Viene corriendo y dispuesto a usarlo. Maddi la mira y le dice: «¡Vamos!». Sigyn no entiende euskera, pero sí las situaciones extremas y se le ha adelantado. Va donde el tipo, le agarra del cuello con una mano y de la muñeca en la que tiene la madera con la otra, hasta que el tío la deja caer al suelo. Maddi la mira flipando y Sigyn la mira con cara de «¿qué haces? ¡Venga, haz algo!». Y Maddi se caga de miedo, pero le arranca la botella rota de la otra mano, gritando mientras lo hace, porque el miedo se espanta así. Tres chicas de la *konparsa* han saltado la barra (que es altísima) y han aparecido allí en cuestión de segundos. Una se lleva el palo y la botella y las otras dos se llevan al tipo. Ellas se quedan ahí, asimilando lo que ha pasado y recibiendo un abrazo de la chica asustada, que llora del susto y del alivio y se marcha enseguida con sus amigas.

–Joder, tía, qué valiente, ¿no? Yo casi me muero.

–Bueno, como tú.

–No, no. Yo le he quitado la botella porque te he visto ahí en plan heroína y me ha dado vergüenza no hacer nada. Pero me estaba muriendo de miedo.

–No te creo.

–Créeme. Si no llegas a estar tú, pido ayuda y organizo el operativo, pero no le quito la botella ni loca.

Vuelven a donde estaban sus cervezas y siguen ahí. Una chavala de la *txosna* les dice que no se beban esa, que está caliente, que ella las invita a una fresca, que se la han ganado.

Cuando se juntan con las demás, al cabo de dos horas, todas tienen cosas parecidas que contar y todas se sienten un poco raras, un poco polis apatrullando las *jaias*. Deciden darle un giro al plan y pasear todas juntas, atentas y pendientes, pero sin rollo policial. Una vuelta tranquila por el recinto festivo, con unas birras y mirada consciente. Lo que hacen cualquier noche, pero sin estupefacientes y con objetivos. Lo colectivo autogestionado, ¿sabes? Siempre puedes consensuar novedades al plan, porque no tenemos plan. Ven más cosas. Peores, a medida que avanza la noche. Hay algo extraño en seis tías juntas de fiesta mirando hacia afuera y con pañuelos iguales. Muchos se sienten amenazados solo con verlas. Ellas permanecen alerta, pero ahora se sienten parte y se relajan un poco. La noche se hace larga sin drogas ni evasión, pero se turnan para espantar babosos, acompañar a chicas borrachas y preguntar a chavalas «¿estás bien?», «¿quieres venir con nosotras?», «¿te está molestando?». Todas están un poco tristes, porque la farra es triste para nosotras cuando la miras de cerca. Las *txosnas* van bajando la música y deciden ir hacia el Casco. La vuelta a casa es la parte de la noche más peligrosa para algunas. Borrachos que intentan untar el último cartucho en el alcohol en sangre de chavalas que no los mirarían serenas, manaditas de

pardillos que se sienten alguien si asustan a tías solas de camino a casa, cerdos que creen que se puede consentir algo digno después de potar y espabilados que esperan frescos a la hora en que vuelven a casa las chicas borrachas porque les gusta violarnos, y demás masculinidad cotidiana. Se quitan los pañuelos porque ahora no quieren que las vean de lejos. Esta parte es la más delicada. Todas las brigadas han tenido movidas a esta hora. Ninguna ha contado detalles.

Capítulo VII: Jueves, 23 de agosto de 2018

Salimos por la calle Pelota hasta la ría, ya a punto de amanecer. Estamos agotadas y aliviadas y un poco decepcionadas, porque no hay justicieras sin justicia que repartir. U hostias que repartir ante la injusticia, que era un poco el plan.

Supongo que la buena noticia es que no ha pasado nada. Supongo que –un poco– esperábamos que pasara algo.

Vamos a mear.

Hay gente ya (o todavía) por las calles y pasan munipas de vez en cuando, así que descartamos los espacios entre coches y bajamos a las escaleras que dan a la ría. Siempre me he preguntado para qué se pusieron ahí. Preciosas escaleras de piedra, sin barandilla, que ahora están desgastadas, resbaladizas y llenas de musgo y hierbajos. Puede que algún día se usaran para bajar a bañarse, pero no puedo imaginarlo porque yo crecí viendo esa ría ser un grumo negruzco y apestoso en el que caerse era morirse, del asco como mínimo. Todavía me flipa que haya peces, aunque sean mubles mutantes que se alimentan de mierda, o gente alegremente paseando en kayak, con lo que habrá ahí debajo. La cosa es que ahora las escaleras se usan para esconderse a fumar porros o a hacer litros o a mear. Es ridículo, porque, en realidad, no te escondes, solo te ocultas de la vista de quienes pasan justo por al lado (si no se asoman), pero la gente desde

la otra orilla, y desde el puente de La Merced, te ve perfectamente. Lo sé porque de pequeña mirábamos desde la barandilla a los yonkis pincharse ahí «escondidos», con una extraña fascinación y con una extraña normalidad. Así aprendimos para qué eran los limones que estuvieron de oferta todos los años 80 en el ultramarinos de Larrinoa –que todavía está abierto–, según se cruza el puente de Bilborock, a la derecha. Aunque entonces Bilborock era una iglesia.

Cruzamos la carretera en rojo, corriendo, pasamos por encima de la hierba llena de caca de perro que hace de jardincito y doblamos para bajar las escaleras, pero nos paramos en seco porque el descansillo ya está ocupado. Hay una pareja follando. Ella está apoyada con la cara en el muro, los brazos colgando y las piernas abiertas, la falda vaquera subida hasta la cintura, las bragas por las rodillas. No está ahí. Él tiene los pantalones bajados y le da por detrás, mientras la sujeta por las caderas para que mantenga el equilibrio, porque él también sabe que ella no está ahí. Ella se tambalea en cada embestida.

En vez de girarnos y dejarles la intimidad, al menos, de esta orilla, nos quedamos mirando y entendiendo y Sigyn es la primera en reaccionar y grita: «¡Eh! ¡Oye! ¿Estás bien?».

La chica abre los ojos, nos mira agotada y se pone a llorar en silencio, con la cara todavía aplastada contra las piedras y la boca en una mueca.

Sin mirarnos, bajamos las escaleras corriendo y gritando: «¡Eh, que la dejes! ¡Puto cerdo! ¿Qué hostias haces? ¡Déjala!».

Llegamos en segundos y unas vamos a por él y otras vamos a por ella. Preguntarle si está bien, ayudarle a subirse las bragas y bajarse la falda, y a sentarse en las escaleras, porque no se tiene de pie. Secarle la cara y los mocos que se le caen, porque ahora llora con hipos y sollozos.

«Pero ¿qué hacéis? ¡Que es mi novia!». Él se sube los pantalones sin atarlos y levanta el brazo amenazante, e intenta acercarse a ella. Le hacemos de muro: «¡Que no la toques! ¡Puto asqueroso!».

«¿Estás bien?». Asiente sin mirar. «¿Es tu novio?». Asiente. «¿Te estaba violando?». Levanta la cara de entre las manos y devuelve la pregunta con los ojos. Y llora como respuesta. Y vomita. Supongo que también como respuesta.

Se pone violento, intenta empujarnos y pegarnos para llegar a ella. «¡Que la dejes!». «¡¿Pero qué hacéis?! ¡Estáis piradas!».

Las compañeras se la llevan escaleras arriba. Se la llevan literalmente, porque ella no puede andar. Ni mirar para atrás.

Le empujamos, se cae, bajamos. Se levanta, viene a por nosotras, nos empujamos, nos pegamos, se resbala, se cae más abajo, bajamos. Le pegamos, le empujamos, le vemos caer al agua. Está boca abajo, flotando con los pantalones a medio bajar y se lo lleva la corriente, hacia las *txosnas*.

Subimos corriendo.

Ella ha vuelto a potar. «¿Estás bien?». Qué va estar bien.

«¿Dónde vives?». No para de llorar. No es capaz de hablar.

«Venga, la llevamos a mi casa». «¿Estás segura?». Estoy segura.

Dos de las compas la cogen, una por cada brazo, y se la cargan al hombro. Mi casa está a unos pocos minutos. Las otras compañeras y nosotras dos vamos por delante de ellas, aceleradas, sin hablar. Mirándonos con miradas cortas y sin mirar a la ría.

Subimos a casa y la tumbamos en la cama. De lado y con una palangana en el suelo. Se duerme inmediatamente. Una de estas se queda un rato mirándola, pero ella ya está en otro sitio.

«Tengo mezcal y cervezas, ¿quién quiere?».

Todas quieren.

Cuando se despierta, estas se han dormido en los sofás y yo estoy fumando un cigarro en la ventana de la cocina. Me mira desde la puerta, con ojeras moradas –mi mente hace un chiste inapropiado sobre la candidez inocua de las «gafas moradas»– y mucha cara de susto. No se atreve a entrar.

Dejo el cigarro en el tarro que hace de cenicero en el alféizar y me acerco unos pasos. Me mira asustada pero no retrocede. «¿Quieres un café?». Niega con la cabeza. «¿Un vaso de agua?». Asiente. Se lo doy y nos miramos unos segundos. Se lo bebe. Tiene tembleque en las manos. No sabe dónde dejarlo, pero le da palo dármelo directamente. Se lo cojo con toda la delicadeza de la que soy capaz.

«¿Estás bien como para ir a casa?». Asiente. «¿Necesitas algo?». No sabe contestar.

«Dame tu teléfono». Me lo da. «Mira, te apunto mi teléfono y lo guardo como *Amiga*. Si necesitas algo, llámame».

Nunca llamó.

Pero nos hemos visto muchas veces, en concentraciones, manis, charlas y bares.

A veces nos miramos y nos sonreímos de reojo, sin que casi nadie lo note.

Ella se despierta al oír la puerta de la calle y viene a la cocina. Se acerca en silencio, me agarra de la cintura con una mano y me quita el cigarro con la otra. Pega una calada mirando por la ventana, que da al patio, y después de echar el humo, pregunta: «¿Estás bien?».

No creo que estemos bien. Pero me alegro de que no haya preguntado qué vamos a hacer. En vez de eso, hace café.

Nos tomamos el café y nos echamos en la cama, aunque sabemos que no vamos a dormir. La cosa es que nos dormimos. No sé cuánto tiempo después me despierta el ruido de la cisterna. Me levanto y veo a estas, ya despiertas, fumándose unos pitis y repartidas entre los sofás y el suelo. Me acerco y me siento con ellas. Me hago un piti. No sabemos qué decir. Estamos unos minutos calladas, mirando a puntos que esquiven nuestros pensamientos comunes. Ella se levanta y nos mira desde la distancia. No dice nada y se mete en la cocina. La oigo hacer ruido de cacharros y de aceites y borbotones de café y me levanto a ayudarla, sobre todo por no seguir sentada en silencio. No entiendo de dónde saca esta mujer las cosas, pero está haciendo tostadas, café, tomate rallado y aguacate en rodajas. «Vete llevando esto», me dice. Salgo de la cocina y no me animo a intentar que se levanten y vayan a la mesa del comedor, así que voy dejando las cosas en la mesa baja que hay delante de los sofás. Quito las birras vacías y los caballitos de mezcal de hace unas horas, paso un trapo y voy poniendo lo nuevo. Suena el café. Nada pega menos en esta situación que un desayuno en grupo, pero vamos a hacerlo. Zumo, tostadas, aceite, café, unos plátanos, frutos secos. Alguien quiere dulce y saco una mermelada de naranja que alguien trajo. Nos reímos levemente de que no es exactamente «dulce». Nos lo comemos todo hablando poco. Hacemos otra cafetera y fumamos muchos cigarros. Agotados todos los rituales de aplazamiento, una pregunta. «Bueno, ¿qué vamos a hacer?». Todas nos miramos, calladas, porque no tenemos la respuesta.

–Pues lo primero sería decidir si vamos a contar algo o si lo vamos a dejar entre nosotras.

Silencio. Miradas. Algunas lo tienen claro, pero no lo dicen. Hasta que habla una.

–Yo creo que no deberíamos decir nada.

Silencio.

–Yo también.

Silencio.

O estamos todas de acuerdo o hemos convencido a las que no lo estaban, pero quedamos en no decir nada.

De alguna forma, vuelven el mezcal y las cervezas, y estas bajan a por más cerveza, vino, nachos, Risketos, mierdas ricas con bien de glutamato. Tardamos poco en sacar el *speed*, y nos vamos relajando con las rayas, las birras y el exceso de sal. Todas teníamos otros planes, pero se ha creado un lazo entre nosotras que ninguna quiere romper. Siempre me flipa lo rapidísimo que pasa el tiempo cuando estás de *mañaneo* (o sea, drogándote por la mañana) y lo interesantes que parecen todas las conversaciones cuando todas estamos igual de drogadas. Ya no comemos en muchas horas porque la anfetamina te quita el hambre y te da ganas de cagar. Bebemos birra y vino y *kalimotxo* y mezcal, porque la anfetamina no te quita la sed. Una de estas se encarga de que bebamos agua de vez en cuando y yo me río de que son tan jóvenes que se creen que no es tan malo para la salud lo que estamos haciendo si bebemos agua. Alguien pone música, pero seguimos hablando y hablando y hablando y hablando y bebiendo y metiéndonos rayas hasta que retumba la casa porque llegan los fuegos. Como este rato podemos hablar, pero no nos oímos, decidimos salir a la calle. Alguien tiene pastillas en casa, así que nos vamos todas al Bar Nervión y ella sube a por las pastillas, porque vive en Sanfran, y la esperamos tomando algo porque no quiere entrar sola al recinto

festivo. De camino, pasamos por el puente de La Merced y desde ahí vemos las escaleras que nos han unido para siempre esta mañana. Todas miramos. Todas nos miramos. Ninguna dice nada. En el Nervión parece que no fueran fiestas. La música de siempre, gente bebiendo en vasos y copas de cristal, de repente parece un día cualquiera, aunque estemos lejísimos de que sea un día cualquiera. El camarero de siempre nos ve y ya nos ha visto drogadas muchas veces, así que solo le despertamos un poco de envidia. Pedimos varias rondas allí y nos las bebemos fuera, algunas sentadas en los bancos y otras de pie, turnándonos para sentarnos, viendo pasar a la gente y la ría debajo del puente. Nosotras pasamos al baño de dos en dos o de tres en tres y todo el bar se da cuenta de a qué vamos al baño, pero nos da igual y a todo el mundo también. Cuando esta baja con las pastis nos comemos un cuartito para cada una (como Virginia Woolf) y estamos allí pajareando y hablando y saludando a otros grupos y pidiendo fuego y entrando al baño, hasta que cierran y nos invitan a poner la bebida en vasos de plástico y amablemente nos echan. Bajamos a las *txosnas* y esta noche no nos perdemos ni nos juntamos con otras. Tampoco nos conocemos tanto, Sigyn las acaba de conocer, pero estamos juntas y no nos queremos separar. Esta noche no.

Bailamos sin hablar mucho rato en Kranba, porque necesitamos *techno*. Bailar sin hablar con la música tan alta que no te oyes pensar. Alguien que no tenía dinero o fe para terapia inventó el *techno*. Compramos gafas a un vendedor ambulante y las mías son oscuras con luces. Mejores para bailar y mejores para no pensar. Suena «no tocarte y pasar todo el día junto a ti». Miro hacia el mecanotubo y busco al alma superior que ha puesto este temazo viejo como yo en medio de una sesión de *techno*. «No voy a tocarte, es mejor así». La busco y se la canto a Sigyn extasiada (literalmente, porque hemos tomado éxtasis) y me pongo intensa y le bailo y le canto muy cerca de la cara «súbete a un árbol, rompe tus medias, llora en un rincón, no

voy a tocarte, es mejor así», y ella no entiende nada, pero se ríe porque ella también está drogada y porque entiende que esta canción ha despertado algo en mí. «El primer concierto al que fui en mi vida, Radio Futura, con 13 años». Le grito. Ella se ríe como diciendo «claro que sí, señora». «No tocarte o quizás, podría devorarte». La canción que a mí me ha llevado arriba a ellas les ha dado bajón, así que nos movemos. Vamos a Mamiki. Allí bailamos y nos encontramos con la morena que nos regaló M el otro día, y se hace amiga nuestra otra vez y nos da unas chupaditas otra vez, y nosotras le damos algo, supongo. Parece mentira, pero llegan las siete de la mañana y cierran las *txosnas* y empieza a amanecer. Ella me mira con cara de «a casa no». Esa cara. Y yo le digo que vamos a Bilbi. ¿A Bilbi? Claro, ella no sabe que Bilbi es el gran *after* esta semana. De repente, me acuerdo de que hace menos de una semana que la conozco y no sé si es el M o las emociones apelotonadas en mi corazón yermo, pero le agarro la cara con las manos y me la quedo mirando, muerta de amor, y le digo «quiero ser tu casa» y le planto un beso teatral, y ella pone cara de susto y las demás hacen bromas como de niñas en el patio y seguimos andando, porque todo nos viene bien en este momento. Vamos a Bilbi y es genial, porque todo el mundo está tan pasado como nosotras. Si no, ¿de qué? Si no estás como las cabras, cuando amanece te vas a casa. Los bares de Bilbi están petados, así que nos sentamos en el suelo en la plaza y hay una punki emprendedora que nos vende cervezas que lleva en un carro de la compra (de los que son del supermercado, no de los que son de la gente, aunque Faemino y Cansado aseguren que por un euro te lo puedes llevar) y nos las vamos tomando porque viene con una periodicidad milimétricamente calculada cuando considera que se nos están terminando, hasta que ya se cansa y nos dice: «Chicas, ¿por qué no me las compráis todas y puedo irme a dormir?». Y por supuesto que se las compramos y nos vamos quedando solas, sentadas en medio de la plaza, con nuestras latas de

cerveza, y estamos tan a gusto y tan en nuestra burbuja, que nos ponemos las rayas allí mismo, sentadas en medio de la plaza, a plena luz del día. Para la gente que está fuera ya es viernes.

Capítulo VIII: Viernes, 24 de agosto

La plaza se despeja tanto que hasta ellas se dan cuenta de que están dando demasiado el cante. Así que deciden que ya es la hora del vermú y se van al Casco. «El vermú», ese espacio laxo entre desayunar y la comida que se ha inventado la gente alcohólica para que beber por la mañana parezca social y no problemático. Y que se ha convertido en la extraña intersección en la que coinciden las personas decentes que salen «a tomar algo», que se pueden drogar sin culpa porque son funcionales, y las *«gaupaseras»*, drogatas con mala pinta y peores hábitos, que creen que cuelan entre la gente que se acaba de levantar y tiene las pupilas de tamaño normal, no como un Furby. Pero no cuelan, no.

Es curiosa la autopercepción. Cuando estás de *gaupasa*, te crees que no se nota. Cuando estás en el bando «sano», las ves a la legua, como zombis de incógnito. Y cuando nunca en tu vida has empalmado una noche de juerga con el día siguiente, ni se te ocurre pensar que haya gente que se sigue drogando y bebiendo 20 horas después de salir de casa.

El Ander es el sitio perfecto para camuflarse en el vermú porque nunca eres el único grupo de *gaupaseras*. Además, el sol entra de pleno por Barrenkale y las aceitunas que te ponen con el mejor vermú preparado de la tierra te proporcionan el alimento que tu cuerpo necesita. Tiran

la mitad de cada trago y rompen un par de copas, porque su estabilidad es incompatible con la costumbre de llenarlas hasta arriba.

Sentadas en el bordillo, arreglan el mundo y fuman pitis. En algún momento, cambian de bar. Pasan muchas horas en una terraza y alguna se queda medio dormida, mientras otras se siguen metiendo hasta que se acaba el *speed*. A propuesta de alguna de ellas, se van a las *txosnas*. Todo es confuso y nublado y no se acuerdan de si muy divertido. Tampoco de cómo volvieron a casa.

Capítulo IX: Sábado, 25 de agosto de 2018

Se despiertan y la resaca les da una hostia en toda la cabeza. Agua, ibuprofeno, Aquarius, plátano. Ojalá una michelada, pero siempre se acuerda de que tiene que aprender a hacerla cuando tiene tanta resaca que no sería capaz. Intenta rellenar su mente con pensamientos fatuos, pero lo que pasó ayer o antes de ayer o cuando fuera le viene a la cabeza. Sabe que tiene resaca química y que eso implica que los pensamientos intrusivos terribles parecen más reales cuanto más terribles, pero le cuesta frenarlos.

Tienen el estómago cerrado y bastante taquicardia, así que se hacen unas infusiones. Mientras espera a que salte la *kettle* piensa en que es muy gracioso que ahora se hagan una infusioncita, con lo que se han metido en las últimas 48 horas. Cree que ya no tiene edad para ponerse así de tibia, pero también sabe que ese es un pensamiento propio de la resaca química. Ninguna edad es buena para las drogas. De hecho, cuanto más señora es, más conscientemente se droga. Es como que no puede parar de mirar a puntos fijos y pensar cosas existenciales. Lleva la infusión al sofá. Se la toman en silencio.

Lo rompe el jaleo de la calle, y es que es increíble la capacidad para hacer ruido que tienen los habitantes de esta ciudad. *Trikitixa*, *txistularis*, conciertos en la calle o tipos haciendo LOOO LOLÓ

LOLÓ LOLÓOO LOLÓ LOOO LOLÓ LOLÓ LOLÓOO LOLÓ, pero que el ritmo no pare, no pare, no. Necesitan agua. Beben agua.

Es media tarde y esa casa pequeña se les hace pequeña. Tienen ganas de ver a las otras. Como tienen los números de las demás, porque se los dieron para la brigada, pero no son tontas y llevan muchos años en luchas perdidas, saben que por teléfono ni se compran drogas ni se confiesan delitos, así que se escriben y se hacen preguntas vagas y respuestas perezosas y barajan verse esta noche.

Se obligan a comer, porque la anfetamina te quita el hambre pero tampoco son idiotas, así que piensan en algo tentador y delicioso y se deciden por la decimoquinta mejor pizza de Europa, excluida Italia. Además, es un regalo para su ansiedad aplazar la entrada en el recinto festivo. Cruzan por el puente de Marzana, no necesariamente por evitar el de La Merced, pero un poco igual sí, aunque la verdad es que desde ese puente tienen la mejor perspectiva de las escaleras y la ría que se ha llevado su inocencia. Las dos se paran en la barandilla blanca a mirar las escaleras de inflexión. Se miran. No dicen nada. Siguen subiendo.

Resulta que aquí también están los guiris.

Se sientan entre mesas de gente que no se parece a la que les ha rodeado estos días y casi lo agradecen. Piden la Norma Siciliana y la Idiazábal, porque Maddi dice que hay que pedir una romana y una napolitana para comparar las masas, que no tienen nada que ver. Y Sigyn piensa en Arrate y se le nubla el semblante. Y Maddi se da cuenta.

–¿Estás bien?

–Me preguntas eso demasiado.

–Bueno, quiero saber cómo estás. ¿Te agobia que te lo pregunte?

–No, pero siento que quieres confirmar que está todo bien y así no tener que hablar.

–¿Y no está todo bien?

–Pues no lo sé. ¿A ti te parece que está todo bien?

–Bueno, pues depende de lo que hablemos.

–Y tú ¿de qué quieres hablar?

–Pues de lo que te está preocupando ahora.

–No sé, tía. ¿Tú no te rayas?

–¿Sobre qué?

–Pues sobre qué va a pasar cuando termine esta semana.

Fíjate que Maddi no se esperaba esta trama. Se queda callada unos segundos, que a Sigyn se le hacen largos. Resopla y mira por la ventana, cabreada.

–Ni lo has pensado, ¿no?

–Claro que lo he pensado.

–¿Y?

–Pues no sé qué va a pasar, la verdad.

–¿Y tampoco sabes qué quieres que pase? Porque eso sería lo importante, lo que quieras tú y lo que quiera yo. Y si queremos lo mismo.

Maddi se calla otra vez y eso lo empeora.

–Joder, tía. No puede ser que seas incapaz de hablar –Sigyn ya está enfadada–. Me abres tu casa, performas intimidad, corremos por la ciudad de la mano, follamos y nos tatuamos, pero no podemos hablar de qué coño estamos haciendo.

–No estoy performando nada.

–Ah, ¿no?

–No. La intimidad contigo es real. Yo no performo eso.

–¿No? ¿Qué soy? ¿Como Arrate, polvos y pizzas?

–Tía, te estás pasando. ¿A qué viene ahora Arrate?

–Pues a que quiero saber qué estamos haciendo. Si soy la nueva chica de las pizzas.

–Pero, tía, ¿qué dices? ¿Te parece que eso es lo que estoy haciendo?

–No sé qué estás haciendo. Me abres tu mundo, pero no sé si es un paseo o si me estás haciendo un hueco.

Maddi se calla otra vez y eso no es bueno.

«¿Qué os pongo para beber?». Maddi no pensaba empezar a beber ya, pero se le está subiendo a la cabeza esta conversación y siente una presión en la sien que se arregla con Orfidal, pero ni tiene ni cree que sea bueno mezclar con el tutifruti de drogas que llevan en el cuerpo. Así que pide un Negroamaro de Puglia.

–Joder, te sabes hasta la carta de vinos.

–Sigyn, tía. ¿Qué haces?

Ella se calla y vuelve a mirar por la ventana. Cuando se gira a mirarla tiene los ojos a punto de llorar.

–Sigyn, ¿qué pasa? No puede ser que esto te haga sufrir. Ese no era el plan.

–Pero ¿qué plan, tía? ¿Tú tenías un plan o qué?

–¿Qué voy a tener un plan? ¿Qué dices? Pero se supone que estamos disfrutando, pasándolo bien, viviendo cosas juntas.

–Pues esto es vivir cosas juntas, querida. No es todo jajas y farra y no mirar para adelante. Llevo una semana aquí y no me he separado de

ti. Tengo que construir una vida en esta ciudad, aunque sea para un año, y todo lo que he vivido, que no ha sido poco, por cierto, ha sido contigo. No conozco nada ni a nadie ajeno a ti. ¿Qué vamos a hacer? ¿La semana que viene nos despedimos, arreglo mi furgoneta, me mudo a la calle Prim y ya estaría? ¿Y soy la guiri de esta Aste Nagusia?

–Pero, tía, que no es nada de eso. Pero que te conozco desde hace una semana y estamos viviendo en una burbuja y ya me ha pasado demasiadas veces pensar que era diferente y luego no lo era. No sé qué quiero. No sé qué va a pasar la semana que viene.

Ahora la que se calla es Sigyn.

Y la que no puede con ese silencio es Maddi.

–Joder, tía, ahora parece que te he engañado o algo.

Sigyn le lanza hielo con la mirada.

Llegan las pizzas. Esta vez no son nada oportunas. La chica majísima les explica con detalle la diferencia entre una masa y la otra, y que una se come tal cual y que la napolitana es mejor doblarla y bla bla bla bla bla bla bla que no entienden ni escuchan y que las dos aprovechan para beber un trago demasiado largo de vino, sin mirarse.

Cuando se va la chica, Maddi se asegura de hablar primero. Se acerca lo más que le deja la mesa y le susurra, con toda la dulzura que puede:

–Sigyn, estoy muerta de miedo. Estoy intentando no pensar en el futuro, porque me asusta el dolor y lo que estoy sintiendo por ti no se parece a nada que haya sentido antes, y me da miedo que termine en un dolor que no conozco, uno peor.

Sigyn no se esperaba ese giro y se queda callada, mirándola desconcertada. Se le relaja mucho la frente y los ojos vuelven a ser azules, no hielo.

Maddi lee esa mirada y alarga una mano a través de la mesa, hasta agarrar la de ella, que se deja.

–Sigyn, no estoy jugando. Solo estoy asustada. Dame tiempo. Si quieres que vayamos juntas a algún sitio, necesito tiempo.

–No quiero estar pidiéndote nada. Quiero que quieras lo mismo que yo.

–¿Y qué quieres tú?

–Pues vivir esto sin miedo. Dejándonos llevar, pensando en cómo puede seguir, no en cómo va a terminar. Quiero que me veas como alguien con quien estar bien, no como alguien que te va a hacer sufrir.

Maddi no sabe qué decir.

–¡Y que me hables, joder!

Esto lo dice un poco alto. Y los guiris de las mesas de al lado las miran.

–No puedo hablar contigo de esto si no quieres que te hable del miedo que me da. Yo también quiero seguir así, pero no sé cómo va a ser cuando llegue la vida real. Esto es un espejismo, Sigyn.

–No, esto es una semana de fiesta, Maddi. No es un sueño, ni una fantasía. Estamos aquí de verdad, haciendo cosas reales. Que nos coloquemos o nuestra rutina sea salir de fiesta no hace que no esté sucediendo. Estamos aquí y vas a tener que decidir algo sobre nosotras, aunque lo niegues.

Maddi se calla y la tensión se hace sólida entre ellas.

–¿Podemos dejar esta conversación para más tarde, por favor? Ahora no soy capaz de sostenerla.

–Como quieras. Podemos hablar de otra cosa, pero no creas que vamos a dejar esta conversación sin cerrar.

Y hablan de otra cosa, pero la sombra de las palabras que esperan su turno se les hace pesada. Comen despacio y beben rápido.

Cuando terminan, Sigyn pide la cuenta sin preguntarle y paga con la tarjeta. Cuando salen fuera, le dice: «Me voy a dar una vuelta, ¿vale? Necesito despejarme». Maddi se queda un poco atónita y la ve irse cuesta abajo hacia Bilbi. Ella se gira y le dice que luego le escribe, que no se preocupe. Pero Maddi se preocupa.

Se va a casa y no hay capítulo de *The L Word* que la entretenga. Se lamenta de sí misma y sufre por adelantado y se da la razón en lo de que todo va a acabar mal, y que cuanto antes, menos va a sufrir. Así, chapoteando en autocompasión, recibe un whatsapp y se abalanza sobre el teléfono. No es ella, es una amiga preguntando «¿Vives?». Claro, es que lleva toda Aste Nagusia desaparecida. Menos mal que estas saben de Sigyn, si no, habrían llamado a Emergencias hace días. «¿Te puedo llamar?», responde –qué maravilla ese momento en que hemos empezado a pedir permiso para algo tan invasivo como llamar por teléfono–. En vez de respuesta, recibe una llamada de vuelta. Para decepción de la amiga, no está para contar las mieles del sexo desenfrenado y sin consecuencias que ella esperaba, sino las vulnerabilidades y pánicos de quien ha encontrado alguien a quien teme perder. Como buena y vieja amiga, escucha y juzga y opina y se salta todos los límites y le echa la bronca y le dice lo que tiene que hacer. «Ahora mismo la llamas o la escribes y te juntas con ella y le dices que eres una imbécil y que te perdone, y que no te has visto en otra así en tu vida y que ha sido un ataque de pánico, pero que te vas con ella al fin del mundo. ¿Pero tú eres tonta?».

Son muchos años y muchos aciertos y muchas cosas que no quería escuchar, pero que eran verdad. La llamada la deja un poco descolocada, porque estaba metida en un bucle en el que ella era la

víctima de una vikinga joven y dramática arrastrada por la prisa romántica lésbica y ahora se siente una idiota que se está enamorando de una tía increíble y que se está portando como una auténtica capulla, que está a punto de joderlo todo. Qué fácil era ser el personaje principal, ¿no?

Anda por la casa y busca algo que interpretar como una señal, pero solo encuentra ceniceros usados, papel de fumar suelto, vasos sucios, pollos de *speed* vacíos y restos de la sobremesa mortal.

Coge el teléfono.

«¿Sabes qué significa Maddi? Es la Diosa Madre de la mitología vasca. Decide el clima (ya), ayuda a la gente buena, castiga a la gente mala, odia la mentira y puede hacer desgraciados para siempre a los hombres solo con mirarlos. Y vive en una cueva en el Anboto». Enviar.

Escribiendo…

–Precioso.

Escribiendo…

–¿Y qué cree la diosa Maddi que puede hacer con la diosa Sigyn?

–Pues podrían ir a ver juntas la cueva del Anboto en la que vive Maddi, la semana que viene. ¿Tienes botas de monte?

–Soy una punki de Berlín. Por supuesto que tengo botas de monte.

–¿Pues quedamos el martes para ir al Anboto?

–Genial.

–¿Y te apetecería tomar algo antes del martes?

–Puede ser.

–¿En media hora en Mamiki?

–Venga.

Cuando llego, ella ya está, charlando y de risas con la morena guapa que nos da M, que parece vivir ahí. Me ve y sonríe, y eso me tranquiliza, porque no tengo claro qué me voy a encontrar. Estamos un rato de charla las tres y en un momento la morena nos propone entrar dentro, porque al ser la última noche, las que llevan toda la semana currando se van a dar un homenaje «a puerta cerrada» y nos puede invitar. En su boca, «homenaje» suena a drogas y gente bailando en tetas. Sigyn le dice sin preguntarme que luego igual sí, que tenemos que hacer una cosa primero. Asiento sin rechistar y me imagino que «la cosa» va conmigo y mi corazón yermo. Efectivamente. «¿Buscamos algún sitio para hablar tranquilas?», me dice. Va a ser difícil, pero me pongo a pensar algo. Se me ocurren las escaleras del ayuntamiento, que pillan cerca y no hay gente, pero nada más proponérselo me arrepiento, porque me recuerdan al final de muchas manifestaciones. De cuando éramos cuatro que no llenábamos ni un carril, pero sobre todo de este 8 de marzo, que éramos miles y salimos en la portada del *New York Times*, y mi amiga, mirando hacia la multitud, me dijo, abrumada y aterrada, como buena ortodoxa de la vieja guardia: «¿Qué vamos a hacer con toda esta gente?». No sé lo que viene, así que no sé si quiero sumar este escalón a mis recuerdos.

Nos sentamos, me mira. Parece que pretende que hable yo. No contaba con eso. Pero entiendo que no puedo ser tan inútil como para no ser capaz de decir algo que refleje mis movimientos internos, más allá del pánico. Ni siquiera soy capaz de llamarlos «sentimientos», soy un cuadro. Venga, joder, di algo a la altura de lo que te produce esta mujer.

–Estoy asustada, Sigyn.

Pone los ojos en blanco.

–Eso ya me lo has dicho.

–Ya. Pero déjame explicarme.

–Vale.

–Mira, llevo unas cuantas relaciones y en todas me he tirado de cabeza. Y no han salido bien. Siempre pensaba que había aprendido y que no me iba a volver a pasar, pero me he seguido pegando hostias porque no sé querer de otra manera que no sea a saco. Y me había prometido que ya. Dejar de intentarlo. Disfrutar con las amigas, follar muy de vez en cuando y no generar vínculos que puedan hacer sufrir a alguien, especialmente a mí. Y estaba bien. Y has aparecido tú y primero creía que estaba flipando y que ni de coña te iba a gustar, y luego que era como una historia de fiestas, pero es que a mí me estás gustando demasiado, para lo que nos conocemos, y eres demasiado joven, y acabas de llegar, y te vas en un año, y quiero que te metas en mi vida y la arrases, pero me muero del miedo de pensar que me conoces de verdad y piensas «¿qué?». No quiero ser tu error. No quiero que me recuerdes como la vieja esa con la que te enrollaste cuando viniste a Bilbao y que te burles de mí con tus amigas alemanas cuando suene Rosalía en el Berghain.

De repente, suelta una carcajada. Yo flipo, claro. La miro, esperando a ver si me tengo que enfadar.

–No ponen Rosalía en el Berghain.

–¿Qué? –La he oído, pero la pregunta me ha salido automática ante la frivolidad de que se quede con ese detalle.

–Mira, Maddi. Te vas a tener que arriesgar. Desde el principio has decidido alimentar esto tanto como yo. Aunque actúas como un animalito torpe, que no sabes qué hacer con tus emociones, cuando no usas la cabeza estás tan dentro como yo. Lo saben tus ojos, lo sabe tu voz, lo sabe tu cuerpo, lo sabe tu lengua y lo saben tus amigas. Yo también tengo miedo. No tengo red aquí, toda mi ropa está en tu casa y mi furgoneta, en el garaje de una amiga tuya que ni siquiera sé dónde está. Así que vamos a dejarnos llevar, que se nos da muy bien, y

vamos a reservar el sufrimiento para cuando sea inevitable. ¿Te parece?

La miro en silencio.

–¿Te parece? –repite.

–Me parece.

Nos besamos en las escaleras del ayuntamiento. Con ganas, con lengua, conscientes, suave.

–Y ahora vamos a esa fiesta de bolleras en tetas.

Vamos y hay muchas bolleras y muchas heteras que no lo parecen, pero no hay nadie en tetas. Solo al final de la noche, cuando ya hemos bailado todo y nos hemos comido una parte importante del seitán que sobra y se iba a perder, y nos hemos terminado todas las botellas de alcohol que estaban abiertas, porque si no se iban a tirar, y nos hemos contado la vida con esas mujeres que llevan una semana en un bucle que se parece solo en parte al nuestro, alguien se saca las tetas y casi no nos inmutamos, pero nos reímos, y nosotras también nos las sacamos y estamos un buen rato en tetas, hablando tan normal y fumando pitis en la barandilla que da a la ría y chupando de la bolsa infinita de M de nuestra amiga morena.

–Mañana, cuando estemos serenas, te voy a decir que te quiero –le digo de camino a casa.

Y es cierto.

Capítulo X: Domingo, 26 de agosto

Cierro los ojos, sé que estás aquí.
Niña, dame la mano.
Ha llegado el momento de quemar Bilbao,
prender fuego al silencio,
decir que no, y empezamos de nuevo.
¡Darle fuego a Bilbao!

DOCTOR DESEO, Darle fuego a Bilbao (1992)

Hoy queman a Marijaia. Esa diosa de feligresas borrachas que solo ejerce una semana al año. O esa muñeca rubia de papel maché con nariz respingona y ropa hortera de colores, según cómo la mires.

Para mí representa muchas cosas que me emocionan en el sentido literal. Sé que es una muñeca y que el símbolo de la semana más divertida de Bilbao es una mujer rubia porque, cuando se hizo el encargo de crear una figura, en el taller de la escultora a la que se lo pidieron ya tenían una cabeza de mujer rubia hecha, así que le plantaron un vestido con recortes de tela, un pañuelo, unos brazos en alto, unos guantes rellenos y *pa'* la calle. Lo sé. Lo sé como la gente que ve un paso de Semana Santa sabe que la figura a la que adora es

un muñeco de madera. Pero esa figura me lleva a un sitio donde lo que sé no importa. Y me emociono con el grupo y comparto fanatismo y a mí eso no me pasa muy a menudo.

La miro y me asusta que no entienda lo que significa para mí. Que no se calle y se inmovilice de respeto cuando Marijaia pase en la lancha que la lleva a la hoguera por esa ría que reparte la vida en esta ciudad de agua llena de gente de fuego. Buscamos un sitio y no es fácil, porque la gente lleva horas guardando huecos desde los que ver el akelarre. Pero somos altas, casi siempre nos hacemos un palco.

Ella está emocionada, pero también se le nota que le da miedo que la ceremonia le parezca una mierda y decepcionarme.

El silencio interrumpe nuestros miedos mutuos y, entre los móviles levantados para grabar la experiencia en vez de vivirla, vemos pasar la lancha estrecha y frágil con la giganta rubia de sonrisa pintada, como si no supiera lo que viene ahora. Con Marijaia en la lancha va Francis, el mejor pregonero posible para justo esta Aste Nagusia; en la mano, la antorcha que avisa a la rubia de que en esta ceremonia ella es el altar y el sacrificio.

Nunca había venido a ver la quema de Marijaia con una extranjera, así que disfruto de este *primi* antropológico que supone poder medir la reacción genuina de alguien que vive un ritual ajeno por primera vez. La miro de reojo. Cuando Francis acerca la antorcha a la falda de Marijaia y ella empieza a arder, los ojos de esta rubia se abren de sorpresa e injusticia, como si ella no fuera vikinga y no estuviéramos viendo quemar una muñeca. Me mira tierna y triste y le brillan los ojos del reflejo del fuego y la emoción compartida. Siento que nunca la he querido más. Y me da miedo sentir eso, a una semana de conocernos, y me quita el miedo sentir eso, después de esta semana de conocernos. Marijaia nos llama. Arde ya entera y su sonrisa imborrable se descontextualiza entre las llamas. El alumbrado de la

calle apagado, las dos orillas de la ría y el puente brotados de bracitos en penumbra sosteniendo pantallas en las que se refleja esa mujer de cartón ardiendo. Alarga la mano y encuentra la mía. Me mira otra vez y sonríe con la boca pero no con los ojos, mojados de una lágrima incipiente que no puede con el fuego que arde en sus pupilas.

Marijaia se consume y cae al agua y todo se acaba. Mientras explotan los fuegos artificiales, ella los mira y me pregunta, todavía cogidas de la mano: «¿Y ahora qué?».

Las dos lo sabemos.

Colección La pasión de Mary Read

1. VV. AA., *(h)amor1*
2. VV. AA., *Sexo, mujeres y series de tv*
3. Carol Bensimon, *Todos adorábamos a los cowboys*
4. VV. AA., *(h)amor2*
5. Ana G. Borreguero, *(Des)atadas. Una introducción al bondage*
6. VV. AA., *(h)amor de madre*
7. Tikva Wolf, *Poliamor. Lo mejor de Kimchi Cuddles*
8. Laurie Penny, *Cibersexismo. Sexo, poder y género en Internet*
9. Laurie Penny, *De esto no se habla. Sexo, mentiras y revolución*
10. Susan Stryker, *Historia de lo trans. Las raíces de la revolución de hoy*
11. VV. AA., *(h)amor3. Celos y culpas*
12. Donna Haraway, *Como una hoja. Una conversación con Thyrza Goodeve*
13. Kate Bornstein & S. Bear Bergman, *eds., Disidentes de género. La nueva generación*
14. Eve Rickert & Franklin Veaux, *Más allá de la pareja. Una guía práctica para el poliamor ético*
15. Elisabeth Sheff, *Apuntes sobre poliamor. Una guía para comprender a las personas poliamorosas*
16. Phyllis Chesler, *Mujeres y locura*
17. VV. AA., *(h)amor4 propio*
18. Kate Millett, *A. D. A memoir*
19. VV. AA., *La fragilidad del cuerpo amado*
20. VV. AA., *Superbollo contra la LEFA*
21. Naomi Wolf, *El mito de la belleza*
22. Fumettibrutti, *Mi adolescencia trans*
23. VV. AA., *(h)amor5 húmedo*
24. VV. AA., *(h)amor6 trans*
25. Leonor Courtoisie, *Irse yendo*
26. Eli Clare, *Una brillante imperfección*
27. Carolina Meloni, *Sueño y revolución*
28. val flores, *Romper el corazón del mundo*
29. Víctor Mora, *¿Quién teme a lo queer?*
30. VV. AA., *Relatos de dos planetas*
31. Ailoveny Güats, *Ailoveny Güats*

32. VV. AA., *(h)amor7 roto*
33. Roberta Marrero, *Todo era por ser fuego*
34. Sonia Shah, *La próxima gran migración*
35. Meg-John Barker & Justin Hancock, *Sexo: DIY*
36. Meg-John Barker & Justin Hancock, *Relaciones: DIY*
37. Meg-John Barker & Justin Hancock, *Comprende tus fantasías*
38. Jessica Fern, *Una red segura. Apego, trauma y no monogamia consensuada*
39. Raquel Verdugo y Alma López, *Un fantasma*
40. Rafia Zakaria, *Contra el feminismo blanco*
41. VV. AA., *(h)amor8 gordo*
42. VV. AA., *Anarquía relacional. Una novela gráfica*
43. Monique Wittig & Sande Zeig, *Borrador para un diccionario de las amantes*
44. Juanpe Sánchez López, *Superemocional. Una defensa del amor*
45. Sayak Valencia, *Postales de R*
46. VV. AA.,*Vidas no binarias*
47. Flor M. Yustas y Lidia Toga, *Como comida. Un festín de bollerapps*
48. Andrea Galaxina, *Nadie miraba hacia aquí*
49. VV. AA., *(h)amor9 amigas*
50. Roberta Marrero, *Derecho a cita51. Irantzu Varela, Lo que quede*
52. Vandana Shiva, *Terra viva*
53. Sarah Babiker Moreno, *La nada fertil*
54. Donna Haraway y Ursula K. Le Guin, *La conexión infinita. Una conversación entre Donna Haraway y Ursula K. Le Guin*
55. Kathy Labriola, *Rupturas y no monogamias. Causas, prevención y supervivencia*
56. VV. AA., *(h)amor10, bibollo*
57. Sandra Bravo, *Si te he amado, no me acuerdo*
58. VV. AA., *La potencia afectiva*
59. Erika Lust y Sara Torres, *La abundancia del deseo. Una conversación entre Erika Lust y Sara Torres*
60. VV. AA., *Te esperaré antes*
61. Mana Muscarsel Isla. *La fiesta de las amigas*
62. VV. AA., *(h)amor co(m)adre. Identidades*
63. *VV. AA., (h)amor co(m)adre. Parentescos*
64. *Sabina Urraca y María Folguera, La amistad y sus derivas. Una conversación entre Sabina Urraca y María Folguera*
65. *Lola Phoenix, No monogamia para personas con ansiedad. Tu manual para las relaciones abiertas, la no monogamia y la separación*
66. VV. AA., *(h)amor11 ex*